

Selección RNR

Perfecta para mí

RITA
MORRIGAN



Romance Actual

PERFECTA PARA MÍ

Rita Morrigan



1.^a edición: julio, 2015

© 2015 by Rita Morrigan

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-150-2

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para todos los que alguna vez deseamos que ahí afuera hubiese alguien perfecto.
Y para mi amiga Rocío, que inspiró esta historia.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 1

Julieta Díaz no era una persona sin expectativas; de hecho, en algunas ocasiones había llegado a creer que sus sueños se habían convertido en el centro de su existencia.

Cuando sólo faltaban unos días para su trigésimo quinto cumpleaños podía asegurar, sin atisbo de dudas, que sus objetivos eran claros. Sabía exactamente lo que quería, lo único que le impedía lograrlo era su total y determinante falta de dinero. Lo que no dejaba de ser hasta cierto punto paradójico, pues desde pequeña había hecho todo cuanto le habían dicho que tenía que hacer para conseguir sus propósitos.

Sus padres se marcharon de la aldea a la gran ciudad y siempre habían subsistido con múltiples dificultades. Fueron ellos los que le inculcaron la necesidad de un buen currículum académico para optar a los mejores empleos. Y pronto Julieta se dio cuenta de que esto último era esencial para alcanzar una posición económica que le permitiera una existencia feliz.

Estudió mucho hasta licenciarse con honores en Turismo. Había elegido este sector porque era un valor en alza para el futuro. No obstante, cuando había llegado el momento de comenzar a recoger los frutos de su esfuerzo surgió la dichosa crisis económica, y los valores seguros dejaron de existir. Aunque se podía decir que ella todavía contaba con el último de ellos: la esperanza.

Apenas se permitía el pago del alquiler de su apartamento con las traducciones esporádicas que algunas empresas le encargaban, pero ella seguía creyendo que algún día conseguiría vivir tal y como quería. Y lo que deseaba con todas sus fuerzas era poder restaurar la casa que su abuela le había dejado en herencia para devolverle su antiguo esplendor, convirtiéndola en un encantador hotel rural a donde la estresada gente de la ciudad acudiera en busca de paz.

Sus padres habían ahorrado para que ella y su hermano pudiesen ir a la universidad. Jamás se habían ido de viaje y en diciembre, cuando a su padre le daban vacaciones en la fábrica de coches en la que trabajaba, su familia se trasladaba a la aldea en la que sus abuelos vivían, a la casa en la que varias generaciones de Díaz habían nacido. Allí, fuera del claustrofóbico piso urbano que compartía con su familia en la ciudad, Julieta había sido feliz.

Toda aquella situación aportaba cierto grado de ironía a su existencia. Pues sus planes consistían en contradecir el sacrificio que sus padres habían realizado treinta años atrás, cuando abandonaron el pueblo. Habían llevado una existencia sin lujos para que sus hijos aspiraran a una vida mejor, y ahora ella creía haber encontrado su futuro en aquel mismo sitio. Al final, resultaba que su felicidad se encontraba en el lugar del que sus progenitores habían huido. No solo resultaba irónico; era cómico, y hasta trágico.

A diferencia de sus preocupados y atareados padres, el recuerdo de sus abuelos siempre le había transmitido mucha serenidad. Como pescador, su abuelo había desarrollado un carácter paciente que a Julieta le recordaba a una roca en mitad del océano. Por el contrario, la abuela era

una mujer pequeña y nerviosa que se pasaba el día de un lugar a otro.

A Julieta le encantaba ir a pescar con su abuelo. Le gustaba caminar largas distancias entre los senderos de la costa para luego sentarse mirando al mar, aguardando a que los peces picaran. Claro que ningún pez, ni siquiera uno despistado, había caído nunca en su anzuelo. Pero el tiempo a solas con su abuelo les permitía hablar durante horas, con la única compañía de los pájaros suspendidos en el viento y el fascinante sonido del mar.

—Tu abuela es como la marea —le dijo él un día mientras observaban el horizonte, aguardando a que algún pez mordiera el anzuelo.

Julieta le miró con curiosidad, y él sonrió al ver su gesto de desconcierto.

—Ella va y viene, y algunas veces se agita nerviosa como el mar —explicó.

Julieta observó el horizonte con aire soñador cuando el sol ya comenzaba su descenso hacia el ocaso.

—¿Y tú qué serías entonces? —preguntó, volviendo los ojos a su abuelo—. ¿Un barco?

La sonrisa de él se hizo aún más amplia, hasta que las arrugas se le marcaron alrededor de los ojos.

—Eso lo dices porque me trae y me lleva a su antojo —dijo, con la voz afectada por la risa—. No, Julieta. Yo sería el acantilado; que aguanta las tempestades, impidiéndole desbordarse.

Sonriendo, Julieta asintió. Pero se quedó largo rato en silencio pensando en la metáfora de su abuelo. Adoraba oírles discutir hasta que los dos terminaban muertos de la risa, hasta que su abuelo tomaba en brazos a su abuela y los dos desaparecían durante horas. Eran la pareja perfecta: diferentes, pero aún así complementarios. Como la marea y el acantilado. A Julieta le gustaba fantasear con que en el mundo existía una persona igual para ella.

Desde hacía tiempo, aprovechaba cualquier oportunidad para escaparse al pueblo para verles. Después de cincuenta años juntos, los abuelos parecían vivir en un eterno noviazgo. Tal vez fue por eso que, tras la muerte de su marido, su abuela apenas esperó dos meses para reunirse con él. Le fue imposible vivir sin su roca. Y Julieta sintió cómo la base de su pequeño y perfecto universo junto al mar se tambaleaba.

Varias semanas después de aquello, descubrió sorprendida que le habían nombrado como heredera de su casa. El viejo caserón se encontraba en la costa, a tan solo unos kilómetros del pueblo. El alto y escarpado acantilado se encumbraba sobre el océano como una fortaleza inexpugnable, y allí, encarando a los vientos, se alzaba la vivienda de sus antepasados. Frente a ella, únicamente se extendía el horizonte infinito que el cielo dibujaba con el mar.

La señal luminosa que indicaba que la batería de su cámara digital se terminaba, apartó a Julieta de sus cavilaciones y la trajo al presente. Debía darse prisa en terminar aquellas fotos de la casa de sus abuelos, o tendría que volver al día siguiente; siempre y cuando eso fuera posible ya que, por el aspecto del cielo y el atronador ruido del mar en los acantilados, se diría que se

avecinaba una buena tormenta. Y si eso acontecía no sabía cuándo podría volver, pues con las fuertes lluvias el camino hasta allí se volvía intransitable. Ese era precisamente uno de sus encantos; estaba lejos de todo y era tan hermoso que sobrecogía.

Miró a través del objetivo de la cámara, intentando que la desnuda rama del roble centenario apareciese en primer término. La idea era que los desconchones de la fachada se apreciaran lo menos posible. Su casa debía presentar el mejor aspecto en su Plan de Empresa, aquel informe en el que básicamente exponía su idea de la forma más atractiva posible a los bancos e instituciones. Con todo lo que había aprendido en la universidad y la ayuda de una amiga economista, Julieta aguardaba que aquel dossier que llevaba días preparando terminase por conquistar a muchos inversores. Porque la reforma iba a ser cara, y ella apenas conseguía llegar a fin de mes con sus limitados ingresos.

Los abuelos le habían contado que la vivienda había sido edificada por un rico antepasado cubano como regalo para una amante, la cual, al parecer, decidió abandonarle en cuanto descubrió lo inhóspito del lugar.

La influencia de la arquitectura colonial era clara: los dos pisos y la buhardilla del desván, la doble escalinata de acceso a la entrada principal, el majestuoso pasamano de piedra al que le faltaban varios balaustres, la gran vidriera de la galería que ocupaba todo el frontal del primer piso, y que era uno de los elementos que a Julieta más le apetecía ver restaurado.

El edificio había estado pintado de azul cielo pero, salvo en algunas esquinas en las que todavía se apreciaban algunos restos de pintura, nada quedaba del color original de la casa, que ahora ofrecía una triste mezcla de tonos ocres. Todo en el decadente palacete revelaba el pasado de una familia que desde hacía décadas habitaba una vivienda desproporcionada a su estatus. Pues, ¿cuántos pescadores podían mantener un palacio al borde del mar?

Julieta apretó el botón de la cámara tras echar otro vistazo al desconsolado aspecto de la casa de sus antepasados. Estaba decidida a rescatarla de la demolición y a construir su futuro allí. Dispuesta a no prestar atención a quienes le decían que lo mejor que podía hacer era venderla, tomar el dinero que le dieran por aquella ruina, y olvidarse del asunto.

Capítulo 2

Sentada frente a la mesa de una de las cafeterías más antiguas de la ciudad, Julieta apenas prestaba atención a la conversación que se desarrollaba frente a ella. A pesar del poco tiempo que su atareada agenda como futura empresaria le dejaba, intentaba quedar con sus antiguas compañeras de universidad al menos una vez a la semana. En aquel momento, sus amigas discutían algo sobre los cochecitos para bebés y ella había desconectado, como siempre hacía cuando la charla derivaba hacia aquel tema, para repasar mentalmente el astronómico presupuesto que acababa de recibir para restaurar la galería. La casa ocupaba todos sus pensamientos en aquel momento y además, ella no sabía nada de bebés.

Casi todas sus amigas tenían pareja desde hacía años y habían decidido completar su ciclo vital con uno o varios hijos. Y las que no habían encontrado compañero, se habían lanzado a la aventura de la maternidad en solitario. Ellas opinaban que si dejaba pasar más tiempo iba a «pasársele el arroz» —que era el dicho para las mujeres sin pareja del siglo veintiuno, del que para las del diecinueve lo fuera «quedarse para vestir santos»—.

Sin embargo, Julieta sentía que no había llegado aún aquel punto en su vida; pues, aunque tal vez no apareciese nunca, lo que más deseaba era encontrar a un compañero de viaje, un cómplice que la sostuviera en los malos momentos y disfrutara a su lado en los buenos. Los niños, si tenían que venir, ya vendrían después. A lo mejor estaba demasiado influenciada por todas las novelas románticas que había leído y aquella era una forma de pensar contranatural, pero sabía exactamente lo que buscaba; y lo que deseaba, en definitiva, era un gran amor, alguien que la apasionara y al mismo tiempo la completara. Julieta suspiró, pues se dio cuenta de que esperaba a su roca. Anhelaba lo que sus abuelos habían tenido, y no se conformaría con nada distinto.

—¿Julieta?

La voz de su amiga Rocío la arrancó de sus cavilaciones.

—¿Qué? —dijo, devolviendo la atención a la mesa.

—Hablábamos del regalo de cumpleaños de Mily y Silvana, ¿has pensado en algo?

Recordó entonces que se había comprometido a buscar algunas ideas en Internet para la fiesta de sus amigas.

—No —reconoció arrepentida—. Ay, lo siento chicas, pero se me ha olvidado.

Rocío la observó con gesto de preocupación.

—¿Estás bien? No tienes buena cara —aseguró—. Esa casa va a terminar restándote años de vida. ¿Estás segura de que no necesitas ayuda?

Julieta suspiró. Sus problemas eran tan evidentes que ya se reflejaban en su semblante.

—¿Alguna de vosotras tiene veinte mil euros que quiera invertir en una casa con mucho potencial? —preguntó, esforzándose en sonar optimista y jovial. Aunque por los rostros

horrorizados que todas ellas le devolvieron, supo que la respuesta no iba a ser positiva.

Julieta bajó la cabeza y una sonrisa afligida asomó a sus labios.

—No he tenido veinte mil euros en toda mi vida —susurró Rocío, completamente atónita—. ¿Alguna de vosotras ha visto esa cifra en su cuenta corriente alguna vez?

Totalmente boquiabiertas, las demás negaron con la cabeza.

Al salir de la cafetería, Julieta sintió el frío viento en la cara y se cerró el abrigo con fuerza; aquel era uno de los meses de noviembre más fríos de los últimos años. La animada charla que acababa de compartir con sus amigas frente a una humeante taza de café le había ayudado a distraerse de sus problemas monetarios. Lástima que ninguna de ellas fuera una multimillonaria heredera decidida a invertir algo de su sobrante capital.

«Veinte mil euros, ¡madre mía! Veinte mil euros...» La cabeza de Julieta no dejaba de dar vueltas al presupuesto que la empresa de vidrios le había mandado esa misma mañana. Después de reuniones interminables, de informes y múltiples valoraciones de riesgo, al fin había conseguido el dinero suficiente para «echar a andar». Ahora, varios meses después y tras haber terminado prácticamente con la reforma interior, estaba en un punto muerto. Todos los gastos se habían disparado. Nunca había pensado que restaurar lo viejo fuera tan caro.

Una gota de lluvia se estrelló en su mejilla. Entonces introdujo el periódico bajo su abrigo para que no se mojara. Siempre después de las cinco, el camarero de la cafetería le regalaba el diario para que ella pudiese llevarlo a la residencia.

Si algo tenía que agradecer a su empleo como traductora era el tiempo libre del que disponía. Aquello le permitía, desde la muerte de sus abuelos, trabajar como voluntaria en la residencia para la tercera edad «Los Tréboles».

Ahora, desde que su aventura como empresaria se había iniciado ya no tenía tantas horas libres como antes, pero Julieta se negaba a renunciar a su visita diaria a «Los Tréboles», donde vivía Samuel Bravo: su mejor amigo.

Samuel era un anciano peculiar. Era tan peculiar que, pese a ocupar una suite de lujo en la más exclusiva y cara residencia de la ciudad, antes de la llegada de Julieta como voluntaria, le habían advertido en más de una ocasión con la expulsión.

Era huraño, cascarrabias, e intolerante con todo tipo de debilidad; la suya propia la que más. Por eso no entendía por qué le caía bien ya que ella, con su metro sesenta, su pelo rubio, ojos grises y tez blanquecina, era la viva y etérea imagen de la debilidad. Sin embargo, desde el mismo momento en que se conocieron, se estableció entre ellos un sólido vínculo.

Julieta recordaba la primera vez que se vieron. Ella había ido a recoger unas bandejas de la merienda pero, como todavía llevaba pocos días allí, terminó confundiendo de pasillo. Así fue a parar por error a la zona de suites donde, tras una de las puertas, apareció él; sentado en su silla de ruedas eléctrica frente a la ventana, con la postura recta y los hombros erguidos. Giró su canosa cabeza y al verla, sus ojos se agrandaron por la sorpresa. Ambos se observaron durante

casi un minuto. Julieta, prendida en su mirada directa y completamente abochornada al irrumpir en un espacio íntimo, no pudo articular palabra.

Samuel reaccionó enseguida. Pulsó el mando de la silla e hizo que esta se girase hacia ella.

—Vaya, vaya, por fin estos tacaños han decidido tener un detalle conmigo. Bueno... —Sus ojos negros la recorrieron de arriba abajo con un brillo malicioso—, menos mal que la estancia en este tugurio comienza a ponerse interesante. Podías haberte esforzado un poco con el disfraz, pero eres guapa, así que no me importa. —Se palmeó las piernas y sonrió—. Ven aquí, o... ¿prefieres mejor que empecemos con un striptease?

Julieta exhaló un jadeo de incredulidad, pero no llegó a ofenderse con la picardía del anciano. Pues aunque sonreía como un truhán, su mirada estaba despojada de cualquier tipo de vileza o depravación.

—Soy voluntaria, no prostituta; y esto —dijo, tocándose el mono de rayas que llevaba puesto—, es mi uniforme. Llevo poco tiempo aquí y me ha confundido de pasillo. Siento haberlo molestado.

Él hizo un mohín de fastidio.

—Así que nada de striptease.

—Nada de striptease —convino Julieta con una sonrisa.

—Vaya por Dios.

Samuel continuó observándola con atención. Ella se alisó la falda tímidamente y notó que se había sonrojado. Entonces apreció un cambio en el anciano: inclinó su plateada cabeza y achicó los ojos, la ironía había sido substituida de su mirada por algo mucho más suave, algo parecido a la admiración.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Él continuó mirándola, hasta que el silencio se hizo pesado.

—¿Quiere que le suba de la cocina algo para merendar?

—No —respondió escueto.

—Bueno —Julieta lo contempló por última vez y retrocedió hasta la puerta—, me marcho entonces.

—¿Tiene prisa?

Parecía decepcionado.

—No.

—¿Podría leerme algo? Mis ojos, como mis piernas, se están rindiendo. Y sin visitas ni lectura, mi vida en este sitio es tediosa a morir. —El sarcasmo regresó a su voz—. Nunca mejor dicho, ¿no le parece?

Julieta no contestó. Atravesó la lujosa habitación y fue hasta la estantería, donde había gran cantidad de libros; todos ellos viejos y de aspecto muy usado.

—¿Alguna petición?

—Sorpréndame.

Ella tomó un volumen de *La realidad y el deseo* y se lo mostró. Él se encogió de hombros, resoplando para sus adentros. «Genial, más lloradera», fue su último pensamiento, antes de concentrarse en su voluntaria.

Samuel la observó acercarse, sentarse enfrente y abrir el libro sobre su regazo. Ella le sonrió, y él se conmovió; sorprendido, a sus setenta y ocho años, de poder conmoverse todavía. Pero es que jamás había contemplado una mirada más directa, limpia y honesta. Era preciosa, y ni tan siquiera lo sospechaba. Se dio cuenta de que aquella chica era la persona más interesante que había pisado aquel lugar.

Achicó los ojos y leyó la plaquita que prendía sobre el lado izquierdo de su pecho: «*Srta. Julieta Díaz. Voluntaria*».

Con la espalda recta y con la voz más dulce oída por él jamás, la Srta. Díaz comenzó a leer:

—*¿Dónde huir? Tibio vacío...*

Capítulo 3

La suave llovizna no tardó en dar paso al aguacero. Julieta saltó sobre un charco y se resguardó bajo el colorido toldo de un escaparate. Contempló el reflejo de las luces del tráfico en los charcos y el agitado ir y venir de personas que, como ella, no habían sido lo suficiente previsoras como para llevar paraguas. Solo le faltaban unos cuantos metros para llegar a la residencia. Podía darse una carrera hasta allí, aunque por la forma en que llovía lo más probable era que terminase calada hasta los huesos. Su mano derecha se cerró sobre el diario escondido bajo su abrigo y decidió que terminaría empapado si decidía salir. Y a Sam no le haría ninguna gracia quedarse sin escuchar la portada de ese día; repleta de grandes titulares sobre corrupción urbanística en el Ayuntamiento.

Julieta sabía que al anciano le encantaba que le leyera el periódico. Sin embargo, estaba segura de que prefería el animado debate que se establecía entre ellos después. Las noticias sobre corrupción política —muy de actualidad— eran las favoritas de Sam. Pues, como él decía, la clase política era un reflejo de la estupidez general. Era entonces cuando Julieta, optimista por naturaleza, le rebatía hablándole sobre compromiso público, responsabilidad, dignidad, solidaridad, y toda clase de argumentos con los que únicamente conseguía que Sam se riese de ella a grandes carcajadas. Pero, por el brillo centelleante que había observado en sus ojos mientras ella lo refutaba apasionada, había llegado a pensar que en realidad él también era un optimista, solo que no tan incauto.

No le caía bien a ningún miembro del personal de la residencia, y tampoco les gustaba a los otros ancianos. Pero Julieta había descubierto en Sam a un tipo excepcionalmente generoso y honesto. Tenía mucho sentido del humor, era auténtico y, pese a sus continuas bromas subidas de tono, respetaba más que nada la libertad individual. Su máxima era «vive y deja vivir». Ese era Sam: el anciano más difícil del residencial «Los Tréboles», y su mejor amigo.

No dejaba de ser curioso que hubiese hallado tanta afinidad en una persona tan distante a ella en edad y clase social.

Una de las enfermeras le había contado que Sam había sido piloto y que tenía un hijo al que nunca habían visto por allí. Según se rumoreaba, su esposa lo había abandonado muchos años atrás. Julieta nunca se había atrevido a preguntarle; Sam era bastante celoso de su privacidad y, salvo por algunas burlas al concepto de familia, jamás hacía comentarios sobre su vida. Claro que tampoco le preguntaba de forma directa sobre la suya. Algunas veces le lanzaba pullas con las que únicamente buscaba provocarla para sacarle información sobre su vida privada. Pero como ya le conocía, Julieta no cedía a sus desafíos.

En ocasiones le hablaba sobre la casa que había heredado y sobre sus planes para el hotel; más que nada porque pasaba tanto tiempo con Sam, que le era imposible no mencionar aquello que ocupaba casi todos sus pensamientos. Curiosamente, él jamás la interrumpía en aquellas

ocasiones, ni siquiera para hacer chistes sobre banqueros o atacar con alguna ironía al sistema capitalista.

—¿Hay algún Florentino Ariza en tu vida, Julieta? —le preguntó una vez mientras le leía «*El amor en los tiempos del cólera*», uno de sus libros favoritos.

Ella no se esperaba la pregunta, aunque entendía lo que quería saber. Florentino Ariza era el protagonista del libro, un hombre que se había pasado toda su existencia enamorado de una misma mujer y quien, después de muchas contrariedades, decide que su vida termine en un perpetuo viaje por el río en compañía de ella. Aislados en un barco, los dos amantes logran al fin estar juntos y alejarse de los convencionalismos sociales.

—No, ahora que lo dice —respondió ella, fingiendo no comprenderle—, no conozco a ningún miope.

Sam resopló de puro hastío.

—Ay, nena, por el amor de Dios, ¿tienes novio?

Julieta lo observó durante unos instantes en silencio mientras una sonrisa bullía en sus labios.

—No, Sam, no tengo novio.

—¿Novia?

Sonriendo ya ampliamente, Julieta negó con la cabeza.

—Me gustan los hombres. ¿Algún interés personal al respecto? —bromeó.

Él le sonrió de medio lado, con aquella mueca que le hacía parecer un granuja.

—Hace treinta años, no te quepa la menor duda —respondió, guiñándole un ojo.

Julieta se rió sin poder evitar ruborizarse, lo que provocó otra enorme carcajada de Sam.

—Eres maravillosa —reconoció, mientras la risa se apagaba lentamente en su voz—. No sé en qué demonios piensan los hombres de hoy en día. ¿Cómo pueden pasar a tu lado sin ver lo especial que eres?

A pesar de que no había ninguna particularidad en sí misma que destacaría, a Julieta le pareció el mejor cumplido que le habían dedicado nunca.

—Tú sí que eres especial —murmuró, justo antes de bajar la cabeza y seguir leyendo.

Un conocido que tampoco llevaba paraguas pasó por su lado y la saludó, devolviéndola al presente. Julieta correspondió a su saludo con una sonrisa de impotencia. Al poco se dio cuenta de que ya no llovía con tanta intensidad como antes y decidió darse una carrera hasta la residencia.

Frente a la gran puerta giratoria de la entrada estaba Luis, el vigilante de seguridad, observando la calle y fumándose un cigarro. Julieta dio un salto hasta salvaguardarse bajo la cornisa del edificio y lo saludó jovialmente. Él contestó con un escueto «hola» y apartó la mirada. Nunca habían sido muy amigos, pero a Julieta la sorprendió lo poco hablador que estaba.

«Seguramente vuelve a tener problemas con su ex», pensó. Pues el vigilante, al igual que todos, eran protagonistas de los dimes y diretes del edificio.

Se puso el uniforme, tomó el periódico y se encaminó a la habitación de su amigo. Julieta contempló la imagen que el espejo del ascensor le devolvía y no pudo menos que torcer el gesto. Estaba horrible: tenía el pelo húmedo y pegado a la frente, estaba ruborizada por la carrera y sus pómulos presentaban unos pequeños surcos azulados bajo los ojos, fruto de la falta de sueño que la casa empezaba a causarle. Seguro que Sam haría algún comentario mordaz sobre su aspecto.

Pero cuando las puertas automáticas se abrieron se dio cuenta de que algo no era como siempre: el pasillo no estaba en silencio. Había dos enfermeras conversando frente a la puerta de Sam, que estaba abierta. Julieta se aproximó a ellas dispuesta a averiguar lo que sucedía.

—Ya no vas a necesitarlo más —le dijo una de ellas, señalando el diario que llevaba bajo el brazo. Contemplándola altivamente, pasó a su lado y se alejó por el pasillo.

Julieta observó el diario y luego a la otra enfermera, que le devolvió una mirada mucho más afectuosa que su compañera.

—Sam ha muerto, Julieta —anunció, tocándole ligeramente el brazo—. Lo siento mucho.

Las palabras entraron despacio en su cabeza. Luego, tiempo después, llegó el significado.

Bajó la cabeza y miró la mano en su antebrazo. El mundo pareció ralentizarse, como si todo ocurriera a cámara lenta; igual que en un sueño. Sí, eso era, cerraría los ojos y se concentraría muy fuerte para despertar. Entonces aparecería en su cama, agitada por la pesadilla. Y Sam estaría a salvo en la otra punta de la ciudad, en su habitación de la residencia; tan enfadado como siempre.

Pero, en esta ocasión, no hubo despertar.

Julieta volvió la cabeza hacia la habitación vacía. Las cortinas se movían al compás del viento que entraba por la ventana entreabierta. Sobre la cama había una caja de color verde que nunca antes había visto.

La enfermera volvió a hablar.

—No ha venido nadie de la familia. Hemos recogido todo y una empresa de mudanza se ha llevado sus enseres. Solo queda esa caja de madera, que Sam dispuso que tú misma le entregaras a su familia.

—¿Qué? ¿Yo? —murmuró—. No. ¿Dónde está Sam?

—Ya se lo han llevado. Hace tiempo que él lo organizó todo; tenía todos los servicios contratados.

A Julieta le costó reaccionar.

—Pero, ¿cómo lo sabía?

Ella le acarició el brazo, observándola con lástima.

—Esto es una residencia de ancianos. Todos saben que tarde o temprano puede llegar el momento. Las empresas funerarias ofertan ese tipo de servicio a los clientes que no tienen familiares.

—Pero Sam tiene un hijo —contestó ella, apartando el brazo y rompiendo el contacto con su interlocutora.

—Le llamamos y no pudo personarse. Al parecer, está de viaje en oriente medio. No obstante Sam ya lo había dispuesto todo, Julieta.

—Pero, pero... —Julieta no sabía qué objetar, aunque estaba segura de que aquello no estaba bien.

La enfermera se alejó y la dejó sola. Julieta entró en la habitación, tan familiar para ella y tan diferente sin Sam. Suspirando se sentó en la cama y miró el diario, que todavía agarraba con fuerza.

Entonces leyó en voz alta.

—Los dos concejales imputados... —la voz se le quebró y las gruesas letras negras comenzaron a difuminarse.

—Ay, Sam —susurró mirando al techo—, ¡cómo te voy a extrañar!

Y al fin lloró.

Capítulo 4

Volvió a pasar la mano por la suave tapa, y de nuevo se preguntó lo que contendría aquella caja que pesaba como una tonelada y que llevaba observando dos semanas sin atreverse a fisgonear. Sentía que sin el permiso de Sam, tan celoso siempre de su privacidad, podía estar profanando algún secreto.

Había llegado temprano a la cita con el abogado de *Alvarado-York, y Asociados* con el que había quedado por teléfono el día anterior. Llevaba sentada alrededor de media hora en el moderno y minimalista sofá de la sala de espera. Al parecer, Sam la había mencionado en su testamento; para la lectura del cual debían estar todos los beneficiarios.

Hacía más de una semana que intentaba ponerse en contacto con su hijo; el único pariente de Sam, al que ella debía darle la dichosa caja. Tras fracasar en sus intentos decidió llevársela consigo, segura de que la familia acudiría a la lectura del testamento.

Julieta no tenía ni idea de lo que Sam le había dejado. Aunque conociendo el amor por la lectura y su sentido del humor, lo más probable era que le hubiera donado los libros; y a ella le encantaría tenerlos. No se sentía culpable; después de todo, seguro que ningún familiar los valoraría tanto como ella, pues sabía lo importantes que habían sido para su dueño. A pesar de que en aquellos momentos le vendría bien algo de mayor valía —sobre todo ahora que debía pagar la factura del fontanero que había reparado la calefacción de la casa—, Julieta agradecería cualquier cosa que Sam le hubiese dejado y lo guardaría como un preciado recuerdo de su amistad.

Tamborileó con los dedos sobre la caja. No sabía muy bien el porqué, pero estaba nerviosa.

El ruido de la puerta le indicó que alguien más llegaba pronto. Julieta levantó la mirada y un ligero escalofrío la sacudió. De pie bajo el umbral, con una mirada desapasionada, estaba Sam.

Bueno, en realidad no era él, sino una versión más joven de Sam. Pero era sorprendentemente semejante: los mismos ojos negros, la nariz recta, los pómulos marcados y la misma mandíbula cuadrada rematada por un fuerte mentón, con hoyuelo incluido.

El hombre no pronunció palabra, se dedicó a observarla. Parecía que su presencia allí no le sorprendía.

—Buenos días —dijo ella, con el corazón acelerado.

Sabía quién era, no podía ser otro: aquel era el hijo de Sam.

—Buenos días.

Su voz grave resonó en la sala.

Julieta dejó la caja a un lado y se levantó por educación. No sabía cómo tenía que saludarlo.

El mismo socio del bufete que la había recibido entró tras él. Julieta no se había percatado de su presencia porque la elevada estatura del hijo de Sam lo ocultaba de su campo de visión.

—Ya que todos los beneficiarios están presentes —dijo el abogado señalando la puerta—, podemos proceder a la lectura en cuanto lo estimen oportuno.

Ninguno de los dos hizo amago de seguirlo. Julieta no sabía si presentarse a sí misma; y tampoco sabía si darle un formal apretón de manos, o dos besos en las mejillas. Aunque por la seriedad con que la observaba de arriba abajo, cualquier muestra de afecto quedó rápidamente descartada.

Él mantenía la postura erguida con las manos tras la espalda. Y Julieta, como siempre que se ponía nerviosa, no sabía qué hacer con las suyas. Así que se cruzó de brazos.

—Oh, disculpen —pronunció con cierto azoro el abogado, que pareció percibir la tensión entre ambos—, ¿no sé si se conocen?

Julieta negó enérgicamente con la cabeza. Él volvió su atención al letrado y con cierto aire de timidez, casi impropio para su postura altiva, negó también.

—Señor Bravo, esta es la señorita Julieta Díaz, amiga de su padre. Y este es el señor Marc Bravo, hijo del difunto Samuel Bravo.

«Marc, se llamaba Marc». Estirando el brazo, Julieta dio un inseguro paso al frente. Él extendió su mano y, a medio camino entre ambos, se produjo el primer contacto. Tenía los dedos tan largos que se cerraron sobre su muñeca durante el apretón. Y ella tenía las muñecas sensibles, siempre las había tenido; ese era el motivo —y no otro— por el que experimentó cierto cosquilleo en la piel.

A partir de ahí las cosas parecieron fluir con más o menos cordialidad entre todos ellos. Claro que cualquier muestra de amabilidad se evaporó en cuando se produjo la lectura del testamento.

Capítulo 5

Marc trató de estirar el mapa sobre el volante, y de nuevo maldijo su suerte por no encontrar ningún vehículo con GPS en la empresa de alquiler de coches. Su teléfono móvil apenas tenía cobertura y había tenido que parar a comprar un mapa en la última gasolinera. Al parecer, aquellos parajes estaban mortalmente reñidos con la era tecnológica. Maldiciendo para sus adentros, comprobó que las líneas del plano no correspondían con las estrechas carreteras, apenas pavimentadas, que se extendían frente a él. Hacía dos días que llovía sin tregua y los limpiaparabrisas no daban abasto. Miró al frente y trató de vislumbrar alguna señal informativa que le indicara el camino que debía seguir para llegar al dichoso hotel, de aquella dichosa mujer.

Desde niño sabía que su padre nunca hacía las cosas como todo el mundo. Pero ahora, incluso muerto, continuaba alterando sus destinos y jugando a su antojo con todos ellos. Como piloto comercial siempre había viajado y no lo había visto mucho. Sin embargo, cuando su madre lo abandonó, Marc pensó que su padre cambiaría de empleo y se ocuparía de él. Nada más lejos de lo que ocurrió. Tras regresar a casa después de irse su esposa, puso en venta el edificio y todo lo que contenía, y se llevó a su hijo de diez años al mejor colegio de Suiza.

No obstante, si alguien pudo pensar que Marc se había sentido abandonado o desarraigado, no se acercaba ni de lejos. A sus treinta y ocho años podía decir que el colegio suizo era lo mejor que le había pasado en la vida. Allí aprendió a seguir pautas; cualquier objetivo elevado se conseguía con fuertes dosis de disciplina. También allí hizo amigos influyentes, pues sus compañeros eran los hijos de las personas que dirigían el planeta; hijos que habían heredado los imperios de sus progenitores, y cuyos números de teléfono él recogía en su dotadísima agenda. Algo esencial para alguien que se dedicaba a asesorar empresas en todo el mundo.

Pero ahora su padre se moría, y volvía a poner su perfecta vida patas arriba. En aquellos momentos, él debía estar llegando a la estación de esquí suiza donde cada año pasaba sus perfectas vacaciones navideñas. Claro que nadie contaba con la sorpresa mayúscula que su padre les había preparado en el testamento. Por eso antes de irse debía poner un poco de orden y averiguar quién era aquella mujer que, ojos bonitos aparte, había logrado aguijonear su curiosidad. Pues, ¿quién en su sano juicio estaría dispuesto a renunciar a una fortuna a cambio de unos libros viejos? ¿Qué tipo de relación la había unido a su difícil padre?

Con la intención de no mojarse mucho, Julieta corrió hasta el cobertizo de la leña. Llovía tanto que en pocos metros el agua conseguía calarle hasta los huesos. El fontanero le había recomendado encender la calefacción y mantenerla funcionando varios días seguidos para asegurarse su buen funcionamiento en el futuro. Así que allí estaba ella; en medio del diluvio, en una casa sin muebles, con un torbellino de preocupaciones en su cabeza.

Por un lado estaba aquella casa, que se llevaba cada uno de sus ingresos. Pero sobre todo estaba Sam, el excéntrico de Sam, que incluso después de irse tenía la capacidad de anonadarla. Julieta se sentó en el montón de leña y suspiró. Al instante, su mente voló de nuevo hasta aquel día en el despacho de abogados.

El abogado los precedió hasta su oficina y los invitó a ponerse cómodos. Ella, que no había soltado la caja de Sam, la dejó sobre la mesa y se sentó. Estaba nerviosa. Deseaba que todo aquello terminara cuanto antes, entregarle la caja al hijo de su amigo y poder marcharse a casa, donde la esperaban otros problemas que deberían importarle mucho más que todo aquello.

Instantes después, el abogado comenzó a leer lo que él mismo denominó como «un testamento extraño».

Su hijo heredaría las escasas propiedades que tenía y las acciones, cuyo valor no era despreciable. Mencionaba también una buena cantidad a repartir entre dos ONG. Hasta ahí todo normal. Lo raro venía luego; dejaba a Julieta todo lo que se encontraba dentro de la caja de madera que ella portaría consigo. Además, informaba que sus herederos debían administrar juntos su contenido, haciendo hincapié en el hotel de Julieta, y en la especial importancia de aquel punto para que el testamento se hiciese efectivo.

El abogado esperó el permiso de sus acompañantes para levantar por fin la tapa verde. La perplejidad de su cara y el centelleante brillo que acudió de repente a su mirada, los hizo incorporarse para ver lo que había dentro. Allí, como si de un cofre del tesoro se tratase, sobre un fondo de exquisito terciopelo negro, descasaban dos fulgurantes lingotes de oro impresos con el sello que los acreditaba como el metal más puro del mundo.

A partir de ahí la situación se descontroló. Aunque en resumen, se podría decir que el hijo de Sam se enfadó, y se puso de lo más irritable mientras renegaba de todo el testamento, en especial de la última parte. Además de desconfiar sin ninguna sutileza de la relación que la había unido con su padre. A lo que ella había respondido poniéndose de pie inmediatamente y propinándole un bofetón tan potente, que aquel imbécil había terminado sentado otra vez en la butaca. Claro que no fue así exactamente como terminó la reunión. Julieta sonrió con ironía cuando volvió a recordar cómo se había quedado absolutamente petrificada ante la situación.

Tomó un tronco del montón y un pinchazo en la mano la hizo gruñir. Se quitó el guante de lana y se dio cuenta de que una astilla había atravesado el tejido y también la piel de su dedo corazón. Se lo llevó a la boca en un acto reflejo y suspiró de frustración. «Ojalá le hubieses pegado. Así, al menos, ahora te sentirías mejor», pensó mientras volvía a recordar cómo, después de escuchar a aquel cretino insinuar lo peor de ella, se había levantado, había tomado su chaqueta y, apenas oyendo las objeciones del abogado, se había dirigido a la puerta.

—Renuncio. Redacte lo que sea y se lo firmaré; no quiero nada —indicó con calma al abogado, quien había enmudecido y permanecía todavía boquiabierto.

Se giró y abrió la puerta, pero antes de marcharse recordó algo. Se volvió hacia Marc Bravo, que se había levantado y la observaba desapasionado.

—Sí, hay algo: los libros. Quisiera poder tenerlos.

El ruido del motor de un coche hizo que Julieta regresase al presente de inmediato. Se levantó a toda prisa y corrió hasta la parte delantera de la casa. Debía advertir a quien fuese que no abandonara el pavimento; pues el coche se quedaría atrapado si avanzaba hasta la embarrada calzada que llevaba a la casa.

Pero como últimamente la suerte había decidido esquivarla, no llegó a tiempo de avisar al conductor. Sin embargo, Julieta jamás hubiera pensado que su suerte la había abandonado definitivamente hasta que distinguió al hombre sentado al volante del coche de alquiler que acababa de aparcar, justo enfrente de la casa.

Capítulo 6

Los limpiaparabrisas funcionaban a toda velocidad y apenas le permitieron ver a la figura aproximándose a través del aguacero. Pisó el freno y notó cómo el coche se deslizaba hasta quedar a unos centímetros de las piernas de la chica. Marc exhaló todo el aire y se dejó caer sobre el volante, agradeciendo a Dios haberse detenido a tiempo. Al instante, el alivio fue sustituido por la furia, que lo hizo sacarse el cinturón de seguridad y salir disparado del coche, sin preocuparse en absoluto por la lluvia.

—¿Se ha vuelto loca?! —increpó.

Julieta, que todavía respiraba agitada por el susto, le lanzó su mirada menos amistosa.

—¿Es que no me ha visto hacerle señas para que no se acercara?

—Es obvio que no —respondió él—. ¿Suelen recibir así a la gente por aquí, o es que tiene algún problema con las visitas? —añadió con sarcasmo.

—Con las visitas no, solo con usted —farfulló ella.

Julieta contó hasta tres y se dijo que no merecía la pena discutir. Dispuesta a dejar de mojarse por aquel idiota, giró sobre los talones y se encaminó al porche.

Él agarró un maletín del asiento trasero y la siguió. Sus pies se encharcaron al primer paso, lo que confirmó que unos zapatos caros no eran apropiados en aquellos parajes.

Ya resguardada bajo el pórtico de entrada, Julieta se volvió. Él la siguió de cerca y se sacudió el abrigo cuando estuvo a su lado. Aunque el gesto fue inútil, pues lo más seguro es que ya se hubiese empapado hasta los huesos.

—¿Qué pasa, suele corretear por ahí cuando llueve a cántaros, o qué? —volvió a preguntar él, mientras se secaba la frente con el dorso de la mano.

—O qué —respondió calmada, cruzándose de brazos.

Normalmente le era difícil ser maleducada, pero la prepotencia y la capacidad para avasallar que tenía aquel hombre la sacaban de quicio.

—Espero que ahí lleve el pijama —continuó, señalando con un movimiento de cabeza al maletín—. Porque va a tener que quedarse a pasar la noche. Mire por dónde, voy a inaugurar el hotel antes de lo previsto. Tendrá que disculpar la falta de muebles —terminó sarcástica—, pero no contábamos con recibir huéspedes tan pronto.

Él pestañeó perplejo.

—Veo que mueve los labios, pero no tengo ni idea de lo que dice.

Julieta se cruzó de brazos y alzó el mentón.

—Pues digo que su coche no podrá salir de ahí hasta que el barro se seque. Por eso salí a hacerle señas, para que no abandonase la carretera.

Él miró hacia el lecho fangoso que rodeaba los neumáticos y comprendió, aunque estaba

seguro que la chica exageraba. Como experto conductor, no tendría problema para salir de allí en cuanto hubiese hablado con ella.

—No se preocupe por eso. En cuanto firme los documentos de renuncia —anunció, levantando y palmeando el susodicho maletín—, me iré tan rápido que ni siquiera habrá notado mi presencia.

—Eso lo dudo —masculló, pasando por alto la posible insinuación de su respuesta.

Julieta hizo una mueca y se dio la vuelta para entrar en la casa. No dejaba de sorprenderla el parecido físico de aquel hombre con su padre, y los sentimientos tan contrapuestos que ambos le causaban. Mientras Sam le inspiraba una mezcla entrañable de ternura y protección, su hijo despertaba en ella una especie de rechazo. Algo parecido a una molesta alergia primaveral. Y no era exactamente que no le resultara agradable a la vista. Incluso, y en cualquier otra circunstancia, Julieta admitiría que era guapo.

Marc la siguió al interior del edificio. Se trataba de una casa antigua de estilo colonial y, por lo que pudo constatar al entrar, era que estaba en plena restauración. Todo estaba en semipenumbra, iluminado de forma tenue por la luz de algunas lámparas de pared. Olía a barniz. Por el brillo que mostraba el suelo, Marc supo que había sido pulido recientemente. El suntuoso pasamano de madera maciza, que por lo intrincado de su forma parecía obra de un artesano, ascendía caracoleando hasta la primera planta. Salvo por un raído sofá frente a la gran chimenea francesa del centro del vestíbulo, no había, como ella le había informado, ningún mueble a la vista. Por eso le sorprendió que al fondo del salón, frente al ventanal que se abría al exterior, un abeto repleto de parpadeantes luces y adornos navideños ocupase el espacio.

Julieta entró en la cocina seguida por su inesperado invitado. Se sacó el chubasquero y la gorra de lluvia y los arrojó sobre una silla. Se llevó las manos a la cintura en actitud impaciente.

—A ver, ¿qué es eso que tengo que firmar?

No es que las mujeres que frecuentaba no usasen a menudo jersey de cuello vuelto y vaqueros ajustados, pero Marc debía reconocer que a ella le quedaban especialmente bien. No era muy alta y a lo mejor tenía algunas curvas de más, pero podía llegar a resultar hasta interesante. Comprendía que un hombre como su padre pudiese perder la cabeza por ella; solo y mayor, que una chica así se fijase en uno era prácticamente irresistible. No sabía si era la forma en corazón de su cara, los ojos grises, o la forma en que estos brillaban cuando su dueña hablaba, pero lo cierto es que todo el conjunto resultaba atrayente.

Julieta se dio cuenta de que la estudiaba y eso la hizo sentirse incómoda. Cruzó los brazos defensivamente sobre el pecho y lo miró impaciente.

—¿Y bien?

Él volvió enseguida a la realidad.

—Dijo que firmaría la renuncia —indicó, sacando varios documentos del portafolio y depositándolos sobre el mostrador de mármol—. Aquí la tiene.

Julieta tomó el bolígrafo que él le tendía. Pasó a su lado y sin ni siquiera echar una ojeada,

estampó su firma en las marcas que había en el documento.

Marc guardó el bolígrafo que ella le devolvió en el bolsillo de su chaqueta, y la observó con desconfianza. Aquello había sido demasiado fácil, ¿por qué no había objetado o puesto alguna condición? Percibió entonces un extraño desasosiego, algo así como culpa. Resultaba que ya no le daba del todo igual no cumplir con el último deseo de su distante padre.

—No puedo creer que no quiera nada.

—Quiero los libros —intervino con ligereza, hasta que una idea acudió a su cabeza—, a no ser que...

Él achicó los ojos con suspicacia antes de animarla a seguir.

—¿Que...?

—Que tengan un significado especial para usted.

La respuesta terminó por confundirlo por completo. Acababa de renunciar a casi un millón de euros a cambio de unos libros viejos, los que también estaba dispuesta a cederle si tenían valor sentimental para él. Absolutamente desarmado, solo pudo pensar en que no podía existir alguien tan generoso. Ahora lo tenía claro; aquella mujer ocultaba algo, o peor aún: estaba completamente chalada.

—Señorita Díaz —dijo cauteloso—, exactamente, ¿qué clase de relación la unía a mi padre?

Capítulo 7

Julieta aspiró con fuerza al recordar las insinuaciones que él había hecho el día de la lectura del testamento. Dispuesta a no olvidarse de que aquel era el hijo de Sam, decidió que iba a concederle una tregua y no enfadarse, al menos por el momento.

—Puede llamarme Julieta —concedió, antes de suspirar con impaciencia—. Y su padre era mi amigo; el mejor que tenía, de hecho.

—¿Mi padre?

Ella asintió.

—¿El mismo al que echaron de dos residencias?

Ella volvió a asentir. Esta vez con una sonrisa nostálgica al recordar el mal genio de Sam, y lo mucho que le iba a echar de menos.

—Señor Bravo, su padre era un hombre extraordinariamente bueno, a quien le aterraba la idea de que los demás se enterasen. Era sensible, y consciente de que esto lo volvía vulnerable. Conocía el dolor y tenía pánico al sufrimiento. Sus arrebatos mordaces lo mantenían a salvo.

Otra vez, en menos de cinco minutos, aquella mujer acababa de dejarlo sin palabras. Marc abrió la boca para responder y, al no encontrar réplica, la volvió a cerrar. ¿Había sido aquel su padre? Jamás lo había visto llorar; ni siquiera cuando su madre los abandonó. Había culpado a su padre, pero jamás se preguntó si sufría ¿Lo habría pasado tan mal como para alejar a todo el mundo de su lado, incluso a él? Aquel descubrimiento lo sorprendió. Entonces se cuestionó su propia barrera del dolor, ¿tenía tanto miedo al sufrimiento como su padre? «No —respondió su subconsciente—, tú tienes un montón de amigos. Solo tienes que mirar tu agenda para darte cuenta de que no eres un antisocial.»

Marc se dio cuenta de que el silencio se había hecho violento y la inquisitiva mirada gris lo instó a hablar. Meditando en lo que ella acababa de decir, se había olvidado de que le tocaba intervenir. No obstante, aunque él hubiese sacado el tema, no tenía intención de seguir hablando de su padre.

—Llámame Marc —indicó, aún sabiendo que aquello no venía demasiado a cuento.

Julieta asintió y sonrió, agradecida del pequeño avance hacia la cordialidad entre ellos.

Marc se sintió levemente desconcertado porque, si lo que ella acababa de decirle acerca de su padre le parecía ciertamente peligroso, su sonrisa podía desarmar las defensas más poderosas. Así que, sintiéndose en «campo abierto», Marc decidió volver a las «trincheras». Para ello, romper el contacto visual le pareció de vital importancia

—Bueno —dijo, volviéndose hacia el maletín—, el motivo de mi visita ha concluido. He de irme.

Absurdamente decepcionada, Julieta le lanzó un último vistazo antes de concentrarse en la

elaboración de su almuerzo.

—Pues que tengas suerte.

Él pareció no percatarse de que aquel deseo tenía que ver con el hecho de sacar el coche.

—Gracias, lo mismo te digo —contestó—. El abogado tiene mi número de teléfono. Así que si alguna vez necesitas algo...

Al oír el ofrecimiento, Julieta levantó la vista de la zanahoria que había empezado a lavar. Pero él ya había salido, con la intención de irse por donde había venido.

Ella puso más agua en la olla, sabiendo que la sopa de verduras tendría que ser para dos.

—¿Y por qué diablos no hay cobertura?

Marc llevaba más de dos infructuosas horas tratando de poner el coche en marcha. Como ella le había advertido, los neumáticos no dejaban de derrapar. Había intentado llamar a la grúa, pero su teléfono no funcionaba. Terriblemente frustrado, se había dado por vencido y entrado otra vez a la casa.

Julieta, que acababa de secar la taza en la que se había tomado una reconfortante y humeante sopa, levantó la cabeza del fregadero y lo vio entrar iracundo en la cocina.

—Se estropea cuando hay tormenta —respondió con tranquilidad—. A veces regresa rápido, pero otras tarda días en restablecerse.

—Fantástico —gruñó él con ironía—. Mañana tengo que tomar un avión a Suiza, ¿quieres decirme cómo demonios voy a hacerlo?

Julieta había oído el rugir del motor intentando salir durante más de una hora. Luego lo había escuchado entrar en la casa maldiciendo, y llevaba como media hora despotricando contra su compañía de telefonía en el vestíbulo. Ahora, al parecer, iba a ser ella la que se convirtiera en el centro de su indignación. Sorprendentemente, aquello no llegó a molestarla; pues acababa de descubrirle un parecido con su padre: los dos tenían un genio terrible.

Marc comprobó que ella sonreía y eso provocó que se intensificase su irritación.

—¿Estás disfrutando, eh? Sí, claro, tenías razón —reconoció, acercándose con los brazos extendidos—. ¿Era eso lo que querías oír, no? Pues ahora, si me haces el favor, dime cómo salgo de aquí.

Julieta se secó las manos en un trapo de cocina antes de contestar con tranquilidad.

—Bueno, hay dos formas —expuso, pasando por alto su mirada de indignación—. La primera es que te vayas andando hasta el pueblo; son unos doce kilómetros y cuando llueve tanto suelen producirse desprendimientos. Eso la descarta como la más recomendable.

—¿Y la otra?

Ella sonrió por su impaciencia. Salió de la cocina dispuesta a mostrarle la otra, con él pegado a sus talones.

Marc observó a la mujer, y luego a la gran pala que colgaba de su mano.

—¿Estás de broma?

—No, aunque esta opción tampoco puedo garantizártela —contestó ella, sonriendo maliciosamente cuando la imagen de él, cavando en el barro con su traje de dos mil euros, se dibujó en su mente.

Él se cruzó de brazos con aire incrédulo.

—¿Quieres decirme que estoy atrapado aquí hasta que deje de llover?

Julieta se apoyó en la pala y asintió.

Capítulo 8

Habían pasado ya muchas horas y la lluvia no había dado tregua. Marc echó otro nostálgico vistazo a la oscuridad de la noche y dejó caer la cortina. Apretó la taza de chocolate que ella le había preparado, agradeciendo su calidez. Y no es que en la casa hiciese frío, más bien todo lo contrario. Pero el esquivo albornoz que Julieta le había prestado para tender su empapada ropa frente a la chimenea, le hacía sentirse algo desprotegido. Se giró hacia ella, que permanecía sentada en el sofá mirando al fuego, y sus ojos volaron hasta el enorme abeto, que le hizo darse cuenta de algo.

—Faltan pocos días para Navidad. Por favor, dime que podremos irnos antes.

Ella se encogió de hombros.

—¿Pero es que esperabas quedarte aquí tú sola? —preguntó incrédulo.

—No. Vine porque el fontanero me advirtió que encendiera los radiadores durante algunos días. —Julieta suspiró y dio otro sorbo a su chocolate antes de continuar—. Luego empezó a llover y supe que ya no podría marcharme. Pero no me importa pasar aquí las navidades, aquí es donde las he pasado siempre.

Julieta lo observó atravesar la estancia y sentarse a su lado. Se veía encantadoramente ridículo vestido con su albornoz rosa, cuyas costuras parecían a punto de estallar en sus hombros, abriéndose en la parte delantera y revelando un torso fuerte cubierto de fino vello negro. Julieta sintió ascender la temperatura de la habitación y el rubor extenderse por sus mejillas. Bajó la cabeza y puso toda su atención en un grumo que flotaba en su chocolate.

Marc contempló su perfil: el reflejo del fuego en su pelo dorado, la nariz respingona sobre la boca de labios generosos. Se fijó en su sonrojada mejilla y se dio cuenta de que se había turbado. «¿En serio existía todavía alguien capaz de ruborizarse ante la visión de un hombre con poca ropa?» Aquel pensamiento le hizo sonreír. «¿Pero de dónde diablos había salido aquella mujer?»

—Entiendo que este es el hotel al que mi padre se refería en el testamento —dijo él apartando los ojos de ella para mirar a su alrededor.

Ella asintió.

—Pues aún queda bastante trabajo por hacer.

—¿Ah, sí? No me digas.

Julieta intentó reunir todo su sarcasmo al responder. Cómo se atrevía él a opinar del estado de su casa, si había ido hasta allí para que renunciara a su parte de la herencia, lo que significaba no saber cuándo volvería a reunir dinero para costear otro arreglo.

Él pareció captar la ironía porque su voz se suavizó.

—Es una gran casa y, por lo poco que pude ver cuando venía, está en un paraje único. —Sorbó un poco de chocolate antes de continuar en un tono más profesional—. Aunque habría

que arreglar el problema de comunicación. Necesitarás una buena conexión a Internet para las reservas, una Web atractiva y, sobre todo, que los huéspedes no se queden atrapados y sin cobertura cada dos por tres.

—Sé perfectamente lo que tengo que hacer, y lo que no necesito es que me den sermones de cómo hacerlo —contestó irritada.

Julieta sabía que tenía razón, pero le desagradaba que él estuviese allí dándole lecciones de cómo debía llevar su hotel; bueno, lo que esperaba que algún día fuese su hotel. A veces se impacientaba tanto por verlo terminado que creía que nunca iba a llegar el momento de que su vieja casa familiar volviese a recibir invitados.

Marc sonrió y asintió con condescendencia.

—Ese es precisamente uno de los primeros pasos para que una empresa fracase; creer que todo está controlado y que no se necesita ayuda.

—¿Y cuánto me va a costar su ayuda, señor asesor?

—En este caso, y sin que sirva de precedente, será completamente gratuita.

Julieta le lanzó una mirada fugaz.

—Creo que no cobrar por los servicios prestados es otro factor importante de fracaso empresarial.

La pulla hizo que él se riera. Al escuchar su risa ronca Julieta sintió una cálida sensación. Rápidamente apartó los ojos de su boca y volvió toda su atención a la taza.

—¿Podría echar un vistazo a tu Plan de Empresa? ¿Lo tienes aquí?

Julieta asintió mientras le escrutaba con la mirada, valorando hasta qué punto hablaba en serio. Sin embargo, fuera como fuese, supo que debía aprovechar aquella oportunidad. No todos los días un afamado consejero que trabajaba para las mayores empresas del mundo se presentaba en su puerta dispuesto a echar un vistazo a su modesto proyecto, por el que además parecía genuinamente interesado.

Asimismo, sintió que debía aprovechar la desventaja de él en aquella situación pues, lejos del frío despacho con muebles de diseño que seguro tenía, y de su carísimo traje, ahora se hallaba atrapado en su salón con un ridículo albornoz rosa. Decidida a no renunciar a la ocasión, Julieta depositó su taza en la pequeña mesita de madera que había al lado del sofá y se levantó para ir a por el dossier.

La idea de que él fuera a leer su trabajo no debía turbarla. Después de todo, había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a la elaboración de aquel informe. Había hecho un trabajo meticuloso para que la documentación no solo precisase todos los datos empresariales y financieros del hotel, sino que también revelara el fuerte nivel de implicación personal que ella tenía en la idea. Estaba muy orgullosa de la labor que había hecho y, para su sorpresa, se descubrió a sí misma deseando mostrársela y conocer su opinión.

A la mañana siguiente, Marc se duchó y se puso de nuevo su traje. Prescindió de la corbata y la chaqueta, pues la temperatura en la casa era agradable. Después de descubrir que le iba a ser difícil dormir en la cama hinchable que su anfitriona le había prestado, decidió leer el Plan de Empresa del hotel. Tenía algunos fallos, pero en general presentaba bastante bien la idea de su dueña; y, teniendo en cuenta que el romanticismo volvía a estar de moda, el proyecto no podía considerarse del todo descabellado.

Sentimentalismos aparte, la casa podía ofertar diez habitaciones en las que disfrutar de un ambiente familiar, en un paraje extraño. Como Julieta lo había definido: «Tener la posibilidad de perderse en un cuento». Eso era bueno; incluso podría utilizarlo como eslogan publicitario.

Marc descendió las escaleras a paso ligero pensando que, si bien la idea de Julieta no dejaba de ser atrayente, existía un detalle preocupante: los costes. Eran tantos y tan elevados que, aunque la ocupación fuese alta, dudaba que fuese a recuperar la inversión y percibir ganancias en un tiempo aceptable. Aquella era una conclusión a la que estaba seguro que ella también había llegado. Por eso le resultó aún más extraño que hubiese renunciado a la herencia.

«Seguro que mi padre descubrió sus problemas económicos». Esa reflexión le hizo detenerse en el último peldaño. Eso confirmaría la relación de genuina amistad entre ellos. Además, el acto de rechazar el dinero sin negociar por parte de Julieta, demostraba que no era interesada.

Su padre le había dejado dinero a una amiga en apuros. Esto lo convertía a él, al hijo que nunca veía y quien se ganaba muy bien la vida, en un cretino. Un estúpido que se creía con todos los derechos del mundo a proteger la memoria de un padre que ya no le necesitaba.

Capítulo 9

El aroma a café y pan tostado recién hecho devolvió a Marc al presente. Entró en la cocina y descubrió a Julieta leyendo un libro mientras desayunaba.

Al oírle entrar ella levantó la cabeza y le sonrió.

—He hecho café y tostadas, ¿quieres?

Él asintió, un poco desconcertado con el placentero momento familiar.

Decidió entonces que no se interpondría más en los deseos de su padre. Si su voluntad había sido ayudarla, por él estaba bien. Rompería su renuncia y hablaría con el abogado en cuanto llegase a la ciudad. Julieta tendría el dinero para terminar su hotel.

Ella se levantó para servirle el desayuno.

—¿Tienes lavadora y secadora? —preguntó él mientras ocupaba un asiento frente al suyo en la mesa.

Julieta asintió, un tanto confusa.

—Es por mi ropa —explicó, señalando la manga de su camisa—. Necesitaré lavarla. A no ser que tengas unos vaqueros que puedas prestarme.

Ella se detuvo y le miró muy seria.

—Si te sirven mis vaqueros me suicido.

Marc soltó una carcajada por su espontaneidad.

—Tendrás que apañarte con el albornoz rosa —continuó ella—. Pues estoy segura de que ese traje tiene que limpiarse en la lavandería.

Él la observó durante unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Mi dignidad no lo soportaría. Así que me quedo con la opción de la lavadora.

Asintiendo, Julieta se sentó de nuevo a la mesa.

El desayuno transcurrió con una animada charla entre ambos. Él le contó sus conclusiones acerca del proyecto. Ella le escuchaba con atención, interrumpiéndolo de tanto en tanto con alguna pregunta oportuna. Marc decidió que no le hablaría de su cambio de opinión sobre la herencia, pues no quería tener que darle explicaciones de los motivos que le habían llevado a tal decisión. Así que trataron el problema del dinero que llevaba invertido y que todavía le quedaba por invertir.

—He gastado mucho en recuperar la estructura, y tengo un presupuesto astronómico para restaurar la galería. —Julieta hizo una mueca de dolor antes de continuar—. No sé si lograré amueblar el año que viene.

Marc dio otro sorbo a su segundo café.

—Podrías usar la casa como escaparate. —Él sonrió por su cara de confusión—. Negocia con las mueblerías y los artesanos. A ellos les interesará que sus muebles estén en un lugar por el que

van a pasar un número importante de personas que disfrutaran de ellos durante días. Haz que todos los huéspedes sepan dónde conseguir las piezas que les gusten. Los muebles no serían tuyos, sino del comerciante que usa tu hotel para exponer su mercancía. Incluso podrías conseguir que se ocupasen de la decoración.

Tamborileando con el dedo índice sobre sus labios, Julieta meditó en aquella idea que le parecía de lo más interesante. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes?

—Eres muy bueno —exclamó, asintiendo y dedicándole una mirada de admiración—. Continúa, por favor.

Marc notó que su sonrisa se ensanchaba de orgullo. Aunque había recibido cumplidos mucho mejores de importantes empresarios, aquel reconfortaba su vanidad mucho más de lo normal. Dio otro sorbo a su café y continuaron hablando sobre su futuro hotel.

A la mañana siguiente, tras comprobar que su idea de lavar y secar el traje había sido un éxito, Marc bajó a desayunar esperando encontrar a su anfitriona en la cocina. Sin embargo, Julieta no estaba allí ni tampoco en la planta baja de la casa. Suponiendo que aún estaría en su habitación, él entró a la cocina para prepararse un café. Aunque sintió no deleitarse con uno de sus estupendos desayunos aquella mañana; sobre todo porque, tras otra noche dando vueltas en aquella horrible cama hinchable, lo que más le apetecía en el mundo era uno de sus ricos cafés. Para su sorpresa, Julieta había resultado ser una gran cocinera que nada tenía que envidiar a los *chefs* de los mejores restaurantes.

Después de saber que tendría que pasar allí los próximos días con su única compañía y sin teléfono ni conexión, Marc creyó que iba a ser mejor poner su mejor disposición para la convivencia. Pero durante el día anterior y en más de una ocasión, se había descubierto disfrutando de la conversación como hacía tiempo no disfrutaba. El tiempo se les había pasado volando mientras hablaban largo y tendido sobre su Plan de Empresa y sobre el futuro hotel como negocio. Intercambiando opiniones en algunos puntos y discutiendo en otros, Marc se dio cuenta de que ella tenía un gran sentido del humor y un perfecto dominio de la ironía. En cierto sentido le recordó a su padre; a lo poco que conocía de su padre. Él jamás usaba la confrontación directa ante cualquier discrepancia, sino el sarcasmo, obligando al interlocutor a averiguar el punto disconforme y a evaluar su opinión. De esta forma, casi siempre salían vencedores de todas las discusiones y, en caso contrario, como no había lugar al conflicto directo, la discusión solía terminar en risas. Para lograr eso había que ser muy inteligente y su padre lo había sido; como lo era Julieta. Claro que ella poseía además un bonito rostro, en donde sus brillantes ojos color plata hacían aún más difícil llevarle la contraria.

El sonido de la cafetera le indicó que su café estaba listo, y le devolvió a la soledad de la cocina. Agarró la taza por el asa y sopló ligeramente el contenido antes de dar el primer sorbo. Paseó la mirada por la habitación, equipada con todos los electrodomésticos necesarios, y decorada en un elegante estilo rústico, en concordancia con el resto de la casa. En una de las

encimeras descubrió un periódico viejo y decidió ojearlo mientras se tomaba el primer café de la mañana.

Sin embargo, al pasar frente a la ventana que había sobre el fregadero, un movimiento en el exterior atrajo su atención. Marc casi pegó la nariz contra el cristal al contemplar a Julieta pasar con aire resuelto y decidido entre los charcos, hasta perderse de vista tras uno de los cobertizos. Al poco volvió a aparecer con una escalera de aluminio bajo el brazo dirigiéndose hacia el otro lado.

—¿Pero qué demonios está haciendo? —murmuró, sin apartar ni por un instante los ojos de ella.

Marc arrugó el ceño y observó el cielo. El viento había arreciado durante la noche y el color de las nubes vaticinaba otra tormenta. Dejó la humeante taza de café olvidada en la encimera de mármol, y salió a toda prisa de la cocina. Debía ir a ver qué se traía entre manos aquella extraña y desconcertante mujer.

Antes de ponerse a hacer el desayuno, Julieta decidió salir a por leña antes de que volviera a llover con fuerza. Se sentó en el montón de troncos, al igual que hacía siempre, y se quedó pensativa un rato. Durante la noche se había dado cuenta de que, por primera vez desde la muerte de Sam, estaba contenta; extrañamente alegre por tener a Marc como compañía. Era un gran consejero y seguiría cada uno de sus recomendaciones porque le parecía lo más acertado. Era obstinado y poco paciente, pero se sorprendió a sí misma disfrutando de su incisivo sentido del humor.

Jugueteando con una pequeña astilla entre los dedos, pensó en que quizá, cuando él volviera a su vida viajando por el mundo podrían ser amigos y escribirse correos electrónicos. En aquel momento, un persistente golpeteo en el tejado del cobertizo la arrancó de sus cavilaciones. Salió afuera para comprobar la procedencia del ruido, rezando para que el viento no hubiera vuelto a levantar alguna teja que provocara goteras sobre la leña. Pero al alzar la vista se dio cuenta de que una gaviota aleteaba nerviosa sobre el techo. La pobre debía haberse quedado atrapada entre las tejas. Decidida a liberarla, se dirigió a la otra cabaña a buscar la escalera para subir al tejado.

Julieta colocó la escalera tratando de estabilizarla lo mejor posible y miró hacia arriba. Habría unos tres metros de altura y, a pesar de que no tenía miedo, hacía demasiado viento como para no ir con mucho cuidado. Tras alentarse mentalmente, afianzó el pie en el primer peldaño y comenzó a subir.

Una vez arriba se movió con cuidado por la cornisa.

—¿Qué diablos estás haciendo?!

Su corazón dio un vuelco por la sorpresa. Se desequilibró hacia atrás y se acuclilló en un acto reflejo, antes de fulminar con la mirada al responsable del grito que la había sobresaltado.

Marc aguantó la respiración al verla tambalearse de forma peligrosa en el borde del tejado.

Acto seguido alzó los brazos para intentar recogerla si caía.

—¿Podrías aparecer alguna vez con más sutileza, por favor? —gruñó ella, con todo el sarcasmo que logró reunir.

Al momento lo oyó subir por la escalera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marc cuando llegó al último peldaño.

Todavía en cuclillas y con las manos apoyadas en las tejas, Julieta le lanzó una mirada por encima del hombro.

—Vuelve abajo —exclamó, agitando la mano hacia atrás—. El techo podría hundirse con el peso de los dos.

—Las vigas robustas y la pizarra aguantarán —aseveró.

Ella le miró molesta, otra vez.

—¿Qué pasa, además de asesor también eres arquitecto? —preguntó con ironía.

—No, solo utilizo el sentido común. Lo mismo que deberías hacer tú y bajarte de aquí.

—¡Qué lata de hombre, por Dios! —farfulló ella mirando al cielo.

Capítulo 10

Marc se arrodilló junto a ella.

—¿Lata? —dijo, fingiéndose ofendido—. Lo único que trato es de evitar que te partas la crisma.

Julieta puso los ojos en blanco como única respuesta.

—Bueno —continuó él—, ¿qué haces aquí en lugar de estar preparándole el desayuno a tu primer huésped?

Ella señaló con la cabeza hacia el motivo por el que había subido.

Siguiendo con la mirada en la dirección que le indicaba, Marc descubrió a la gaviota que aleteaba tratando de emprender el vuelo.

—Ha debido de engancharse una pata entre las tejas —dijo Julieta.

Al percibir la conmiseración en su voz, él volvió los ojos hacia su rostro. Estaba sonrojada y el viento le revolvía los mechones de cabello que se habían soltado de su coleta. Inspiró con fuerza al notar que una especie de admiración por ella germinaba en su interior. No solo era preciosa y parecía no saberlo, sino que poseía una especie de inclinación hacia la ternura que podía volver loco a cualquiera. Había soportado el mal carácter de su padre y a él lo había perdonado cuando se comportó como un cretino. Renunció a una gran herencia a cambio de unos libros viejos, y ahora se jugaba el cuello por un pájaro carroñero. Sin embargo, su forma de ser, amable y desinteresada, la exponía a que cualquiera pudiera aprovecharse de ella. Aquel pensamiento le hizo arrugar el ceño y desviar la mirada hacia la gaviota. Al fin y al cabo, los problemas de Julieta no eran asunto suyo.

—Espera aquí —murmuró él mientras comenzaba a avanzar a gatas hacia el animal—, yo iré a sacarla.

Ella le observó ceñuda

—¿Por qué tienes que ir tú?

—Porque tengo mejor equilibrio.

Suspirando, Julieta volvió a poner los ojos en blanco.

Marc llegó hasta la gaviota, que se agitaba cada vez más nerviosa al ver que se acercaba. Al intentar liberarle la pata el animal volvió la cabeza y le picoteó la mano.

—¡Hija de...! —gruñó.

—Solo está asustada.

La suave voz de Julieta sonó justo a su lado.

—Es un animal estúpido —respondió, tras comprobar que le había hecho un pequeño corte entre los dedos.

Julieta la distrajo con una mano mientras con la otra le sujetaba la cabeza.

—Bueno, hasta los más estúpidos se merecen ser rescatados.

Marc puso los ojos en blanco. Pero se sorprendió al comprobar que su técnica funcionaba. Al sujetar la cabeza del pájaro e impedirle lanzar picotazos, en menos de un minuto había conseguido liberarle la pata.

Julieta se apartó al mismo tiempo que abría los dedos y soltaba al asustado animal, que agitó las alas varias veces hasta que consiguió emprender el vuelo. Mientras ellos permanecían arrodillados sobre el tejado, la gaviota se elevó y sobrevoló el acantilado hasta perderse de vista entre la bruma de la mañana. Ella la siguió todo el tiempo con la mirada mientras esbozaba una amplia sonrisa de satisfacción. Sin embargo, los ojos de Marc no se apartaron ni por un instante de su rostro.

—Bueno, esto ya está —suspiró satisfecha—. Ahora será mejor echar un vistazo a esa mano antes de que se infecte.

Marc desvió la mirada rápidamente.

—No es nada —masculló.

—¿Sabes la porquería que comen esos animales? —preguntó ella de forma retórica—. Hazme caso, será mejor que la desinfectemos cuanto antes.

—¿Es que voy a ser tu segundo estúpido de la mañana?

Con una sonrisa tirando de sus comisuras hacia arriba, Julieta lo observó enfurruñarse como un niño.

—Pero aunque seas el segundo, siempre serás el mejor —respondió, sin poder ocultar la risa.

—Muy amable por tu parte —murmuró él con sarcasmo.

—Oh, no es nada —contestó, mientras con un gesto de la mano le restaba importancia—. ¿Qué te parece si curamos ese picotazo y después te preparo un rico desayuno?

Inclinando la cabeza, Julieta le obsequió con una de sus dulces miradas. Marc volvió arrugar el ceño ante el efecto extraño que le produjo ser objeto de su ternura.

Tras bajar del techo del cobertizo regresaron a casa. Julieta fue a por el botiquín que había en el cuarto de baño, mientras Marc entraba en la cocina y descubría su triste y frío café sobre la encimera. De mal humor tomó la taza y arrojó su contenido en el fregadero.

Julieta entró en aquel momento con el botiquín en la mano.

—Veamos ese corte —dijo en tono animado.

Hastiado, Marc alzó la mano derecha frente a ella para mostrarle la herida.

Comprobando que solo era un pequeño rasguño entre su dedo índice y anular que apenas sangraba, Julieta decidió que bastaría con un poco de desinfectante. Sacó un poco de algodón del botiquín y lo empapó con alcohol, antes de posarlo sobre la herida.

Marc apartó la mano al momento.

—¿Qué es eso? —gruñó, mirando el algodón como si fuera una pistola.

—Solo es alcohol.

—Pues escuece como si fuera sal —masculló, con la mano tras la espalda.

—Ten, pónelo tú mismo —dijo Julieta, ofreciéndole el algodón—. Tengo un truco para que escueza menos.

Marc tomó el apósito y se lo acercó con reticencia a la herida.

—¿Y el truco? —preguntó, desviando su inquieta mirada de su mano a Julieta.

—Sopla.

La miró confuso, hasta que ella le indicó en su propia mano a lo que se refería. Así, al descubrir el efecto calmante del aire sobre la herida, Marc sopló sobre el arañazo hasta terminar de desinfectarlo por completo.

—Buen truco —reconoció.

Ella rió mientras volvía a guardar el algodón y el alcohol en el botiquín.

—No puedo creer que no lo conocieras, ¿es que tu madre no te curaba cuando eras pequeño?

Julieta cerró la boca de inmediato y se volvió hacia él.

—Por favor, discúlpame —murmuró, terriblemente mortificada—. No me acordaba, lo siento.

Marc se dio cuenta de que se refería al comentario que había hecho sobre su madre, lo cual le indicaba que conocía su historia. Aunque le resultaba difícil de creer que su padre le hubiese hablado de ella, pues jamás lo hacía.

—No te preocupes —contestó, con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

Ella se acercó muy afligida.

—De verdad que lo siento, no sé en lo que estaba pensando. Soy una estúpida total.

—Bueno, no es para tanto —respondió incómodo. Entonces sintió la necesidad de animarla, de explicarle por qué no debía sentirse tan mal por aquel comentario—. Mi madre me dejó cuando yo tenía diez años y casi no tengo recuerdos de ella. Solo ejercía de madre cuando mi padre estaba en casa. Pero cuando se marchaba, ella se deprimía y yo dejaba de existir.

Julieta se quedó muy quieta, observándole con toda su atención; algo le indicaba que estaba ante el hecho insólito de que hablara de aquel tema. Aguardó unos segundos, hasta que se dio cuenta de que él no tenía intención de continuar con la charla. Entonces, la enorme curiosidad por saber más sobre Marc Bravo barrió de golpe su habitual prudencia.

—¿Y quién se ocupaba de ti?

Capítulo 11

Marc observó su recato y a punto estuvo de soltar una carcajada. Estaba claro que ella creía que aquel tema afectaba a sus sentimientos y por ello se mostraba pudorosa.

—Me cuidaba yo solo, Julieta.

No había resentimiento ni tampoco tristeza en su voz, lo que a Julieta sí le pareció triste.

—Después de marcharse mi madre, mi padre me dejó en un colegio suizo en donde atendían todas mis necesidades —explicó, ante la desoladora mirada de ella.

—¿Nunca necesitaste a nadie?

Marc la miró fijamente, un tanto molesto con su lástima.

—Sí, Julieta, necesitaba a mis compañeros, a los profesores, a la gente de administración y al equipo de limpieza del centro —respondió malhumorado—. Tal vez eso sea difícil de entender para alguien que ha tenido unos padres amorosos y una infancia parecida a una teleserie —continuó con ironía—, pero la familia está ampliamente sobrevalorada.

Suspirando, ella le miró con una sonrisa melancólica. La soledad que debió sentir de niño le había convertido en un cínico.

—Mi padre trabajaba casi diez horas en una cadena de montaje y cuando llegaba a casa solo quería descansar —murmuró Julieta—. Mi madre era contable en un taller de barcos y tampoco estaba en casa. Así que yo y mi hermano también nos cuidamos solos. Pero no les culpo; hicieron lo que creyeron que debían, y nos fue bien. Aunque te aseguro que aquello no se parecía a ninguna teleserie que yo recuerde.

Marc achicó los ojos e inspiró con fuerza, un tanto arrepentido por haberla afligido.

—¿Tu hermano es mayor que tú? —preguntó, ansioso por alejar aquel desconsuelo de su mirada, pero también por saber más de ella.

Julieta volvió a prestarle atención, pues por un momento pareció evadirse entre los recuerdos.

—Un año mayor —confirmó.

—¿Y dónde está ahora?

—En Somalia.

Marc alzó las cejas con un inequívoco gesto de sorpresa.

—Es médico en una ONG —explicó ella, con una sincera y orgullosa sonrisa.

Ambos se callaron a la vez mientras se contemplaban en silencio.

—Bueno —dijo él al fin—, entonces se podría decir que tus padres no lo hicieron del todo mal.

Inspirando con fuerza, Julieta terminó por sonreír otra vez. Sabía que solo intentaba confortarla y aquello la sorprendió; porque la historia de él era mucho más triste y, si alguien precisaba allí de consuelo, desde luego que no era ella.

—¿Qué te parece si preparo el desayuno a mi único huésped? —preguntó, usando sus propias palabras. Estaba dispuesta a que el cambio de tema lo animara y devolviera la conversación hacia temas menos personales.

Marc permaneció en mitad de la habitación sin decir nada mientras la miraba con una intensidad que a Julieta le resultó incómoda. Bajó la cabeza para romper el contacto visual y se dirigió hacia la encimera en la que estaba la cafetera.

Al pasar a su lado, él la tomó por el brazo para detenerla.

—Lo siento, Julieta, no quería disgustarte.

Los ojos de ella se desplazaron de la mano que le rodeaba el brazo hasta su rostro, que parecía realmente mortificado.

—No pasa nada, Marc, de verdad. Mi historia no es triste —dijo, acariciando sin darse cuenta el dorso de su mano—. Nuestros padres cubrían todas nuestras necesidades económicas, y mis abuelos nos aportaron el resto; nos dedicaron su tiempo, y todo el amor y la magia que un niño puede desear.

Marc sintió la suavidad de los dedos femeninos trazando pequeños círculos sobre su piel. Sus ojos recorrieron ávidos el rostro de Julieta, como si desearan memorizarla. La pequeña nariz se arrugaba mientras hablaba, y sus labios se fruncían de una forma tan seductora que le hizo tragar con dificultad.

—¿Amor y magia? —murmuró, sorprendido por la reacción que su cercanía le provocaba—. Suena bien.

Julieta asintió un tanto desorientada. No supo en qué momento se habían acercado tanto, pero se sorprendió a sí misma a escasos centímetros de él mientras le acariciaba la mano. Estaban tan cerca que pudo contar las pequeñas pecas que bañaban el puente de su nariz; tan cerca que su respiración le hizo cosquillas en la frente, y tan cerca que pudo sentir el calor que emanaba de su poderoso cuerpo.

«¿Amor y magia? ¿En serio has dicho lo que acababas de decir?» pensó Marc, mientras su mente le daba un patada en el trasero. Soltó su mano y se alejó, decidido a dejar de decir tonterías.

—¿Quieres que te ayude a preparar el desayuno? —dijo, apartando los ojos de ella para romper aquella extraña fascinación que le producía.

Julieta se sacudió mentalmente aquel arrobamiento absurdo que le provocaba su cercanía. Estaba claro que hacía demasiado tiempo que no veía a un hombre guapo.

—No —respondió, tratando de esbozar una sonrisa—, no será necesario. Tú solo tendrás que disfrutarlo.

Su rostro enrojeció al darse cuenta de las posibles connotaciones sensuales de lo que acababa de decir.

—El desayuno, quiero decir —explicó, completamente azorada.

A punto de gemir de puro bochorno decidió cerrar la boca. Giró sobre sus talones y fue a

cocinar.

Asombrado y divertido, Marc la observó sonrojarse hasta las orejas. No se dio cuenta, pero sonreía mientras la veía moverse de forma atolondrada tratando de evitar su mirada. Entonces, su pecho se fue colmando con una agradable sensación que no supo identificar.

Capítulo 12

Durante los dos días siguientes no dejó de llover. Marc salió a por leña, puso la mesa y fregó los platos tras cada comida; ojeó un libro que había encontrado, y jugó con ella a las cartas. Lo había hecho todo con su mejor disposición porque, para su sorpresa, se había descubierto disfrutando de las tareas cotidianas en compañía de Julieta. Sin embargo, tanta reclusión empezaba a impacientarlo.

—¿Por qué demonios has puesto un árbol de Navidad, si ni siquiera tienes muebles?

Julieta, que llevaba un buen rato tratando de concentrarse en el solitario y no en su ir y venir, levantó la vista de las cartas para mirarlo.

—Ya te dije que siempre pasé aquí estas vacaciones. Sabía dónde estaban los adornos, por eso decidí ponerlo. —Se encogió de hombros, volviendo la atención al solitario—. Además, por ahora tampoco hay mucho más que hacer.

—¿Quién querría perderse en este cuento de terror?

Julieta giró la cabeza y le fulminó con la mirada. Sabía que se estaba refiriendo al eslogan que había utilizado en su Plan de Empresa, aquel que él mismo había elogiado durante su charla del primer día.

—No sé, ¿cualquier «fantasma»? —respondió, clavándole una mirada nada sutil.

Marc estuvo a punto de soltar una carcajada. Acostumbrado a que la gente respetase sus opiniones, se descubrió a sí mismo disfrutando del desafío de que alguien le enfrentara.

—Vamos, Julieta, ¿quién querría desaparecer del mundo de hoy en día, diseñado para satisfacer cada una de nuestras necesidades al instante? —dijo, llevándose las manos a la cintura en actitud de espera.

—Cualquiera que se haya perdido a sí mismo entre tantas necesidades, Marc.

No supo si fue cómo sonó su nombre al final de la genial frase, o el tono suave y dulce con que lo pronunció, pero el caso es que a Marc le faltó el aire y debió inspirar con fuerza.

—En estos parajes y en esta casa he encontrado la felicidad —continuó ella, ya sin animadversión—, y me gustaría que otros pudieran hacer lo mismo. Espero ofrecerles tiempo sin el ruido de la vida, ese que nos aleja de lo que realmente somos, de evaluar las necesidades que no dejan de crecer y nuestros esfuerzos por satisfacerlas. Simplemente espero que la gente venga aquí a descansar del mundo, a que la soledad y la belleza de la tierra y del mar les rescaten el alma de la vorágine de inmediatez y consumismo.

Marc abrió la boca para responder pero, acto seguido volvió a cerrarla

—¿Qué metafísico! —Resopló, ante la falta de una réplica mejor.

—¿Qué idiota!

Él achicó los ojos y se cruzó de brazos.

—¿Qué es idiota: yo, o mi definición de tu discurso? —preguntó, absolutamente regocijado con la discusión.

—Ambos —fue la escueta respuesta.

Julieta volvió su atención a las cartas del solitario al que estaba jugando. En pocos días había llegado a conocerlo bien. Marc era una persona inquieta que no soportaba la soledad ni la inactividad. Estaba cansado y aburrido del encierro, y aquella discusión absurda solo pretendía ser un estímulo para él. Pero ella no iba a permitirle hacerle dudar sobre su proyecto ni que la usara como una distracción. Así que se concentró en las cartas, y decidió ignorarle por completo.

Sentada en el suelo y con las piernas abiertas, Julieta se inclinaba sobre su juego, que en aquel momento parecía importarle más que nada en el mundo. Molesto por su falta de atención, Marc se acercó y se acuclilló a su espalda.

—Ese Rey no va ahí.

Julieta le lanzó una fugaz mirada de soslayo y siguió ignorándole.

Cuando se dio cuenta de que no iba a hacerle caso, estiró el brazo por encima de su hombro y él mismo movió la carta.

Julieta achicó los ojos y se armó de paciencia.

—¿Es que no sabes lo que significa la palabra «solitario»?

Sin hacerle el menor caso, Marc chasqueó la lengua y cambió otra carta.

—Sé lo que significa, pero es que me necesitas. —Movi6 otra—. Uf, me necesitas muchísimo.

—¡Oye! —protestó ella, propinándole un ligero empujón.

Marc, que permanecía sentado sobre sus tobillos, cayó hacia atrás.

Ella lo observó riendo.

—Así aprenderás a no meter las narices donde no te llaman.

La cantarina carcajada le aceleró el corazón. Aquella emoción pilló a Marc completamente por sorpresa.

—Ahora verás...

No le dio tiempo de reaccionar y tiró de su brazo para derribarla. Cuando se dieron cuenta, los dos forcejeaban desternillándose como dos chiquillos en el suelo. Julieta usó toda su fuerza para levantarse, pero su esfuerzo fue en vano. En menos de un segundo la inmovilizó debajo de él, sujetándole los brazos a ambos lados de la cabeza.

—¿Qué era eso que tenía que aprender, eh, señorita? —preguntó, todavía riendo.

Al levantar la cabeza Marc se dio cuenta de que ella ya no sonreía. Sus ojos se habían vuelto de un inusual gris plata, y el resplandor del fuego arrancaba reflejos a los rizos esparcidos alrededor de su cara. Tenía las mejillas sonrosadas y la boca entreabierta. Sus labios lo hipnotizaron, y el fuerte apetito por probarlos lo asustó.

Debían estar demasiado cerca del fuego, porque Julieta sintió incendiarse su sangre. Había tenido tres días para estudiarlo y sabía que tenía un cuerpo bonito. Pero al sentirlo sobre ella, con

los músculos duros como piedras, ansió con desesperación que la aplastara con todo su peso.

Por fin se dio cuenta de que todos los años que llevaba de celibato comenzaba a pasarle factura. Justo en aquel momento, él levantó la cara y dejó de sonreír. Cuando sus ojos se posaron en su boca y centellearon, Julieta creyó que iba a besarla. Anticipando el sabor de sus labios con el corazón desbocado, se revolvió debajo de él para acercarse más.

Marc supo enseguida que acababa de entrar en territorio peligroso. Por pura supervivencia tomó impulso y se levantó de encima de ella.

—Creo que es mejor que nos acostemos. —Cuando pensó lo que decía ya era tarde—. Esto... quiero decir —trató de explicarse, azorado—, que nos vayamos a la cama.

Estaba claro que en aquella ocasión iba a ser a él a quien traicionaran las palabras. Gruñendo de frustración, decidió cerrar la boca.

Echó una rápida ojeada hacia donde estaba ella y su nerviosismo creció en intensidad. Así que, para no seguir metiendo la pata, decidió resumir.

—Buenas noches —dijo, antes de abandonar la sala.

Julieta se incorporó y lo vio alejarse. Tristemente frustrada, se dio cuenta de que su historia con el sexo opuesto no podía ir a peor. Acababa de lograr que un hombre alcanzara la velocidad de un Fórmula 1 solo para alejarse de ella.

Aquella noche ninguno de los dos logró conciliar el sueño. Sin embargo, en aquella ocasión no fue debido a las camas hinchables.

Capítulo 13

El día de Nochebuena Marc alcanzó la cima de su tolerancia al encierro. Ya había dado por perdida su reserva en la estación de esquí, y sus perfectas vacaciones nevadas en Suiza, pero las continuas alteraciones de ánimo que aquella mujer empezaba a producirle lo instaban a salir de allí cuanto antes. Esa misma mañana, sin ir más lejos, al entrar al baño había permanecido más de un minuto con los ojos cerrados disfrutando el aroma de ella al salir de la ducha.

Ya no llovía todo el tiempo y cuando lo hacía, no era de forma torrencial. Así que trazó un plan: desde una ventana había visto unos tablones con los que creía poder liberar el coche, introduciéndolos bajo los neumáticos a modo de rampa. Cada vez más convencido de su éxito, decidió que lo intentaría después del almuerzo.

Julieta lo escuchó hacer ruido en la parte de arriba, y puso el pan en el horno con una sonrisa. Le encantaba la familiaridad que se había establecido entre ellos. Pese a que no habían hablado mucho de Sam, ella había descubierto algunas semejanzas entre los dos. Claro que, las sensaciones que Marc producía en ella cuando sus cuerpos se tocaban por casualidad, poco tenían que ver con la ternura que le había inspirado su padre.

Julieta se limpió las manos y suspiró hondamente. Cerró los ojos y allí, apoyada contra el frío mármol, lo reconoció. Había tratado de no pensar demasiado pero sabía lo que le sucedía. A sus treinta y cinco años, y aunque no tan rápido e intenso, ya le había pasado antes. Se negaba a ponerle nombre porque él se iba a marchar y lo más probable era que nunca más volvieran a verse. Y sin embargo sabía lo que era; lo sabía, pero no lo nombraría.

Julieta se esforzó para que la comida de Nochebuena fuera especial, a pesar de que las provisiones que quedaban en la despensa ya no eran de lo mejor. Por la noche solo tendría que calentar los platos y no se pasaría el día en la cocina. Había escampado y llevaba tantos días encerrada que le apetecía más que nada disponer de algo de tiempo para dar un paseo.

Él había permanecido anormalmente callado y pensativo durante el almuerzo, por eso la sorprendió que decidiera acompañarla. Salir de la casa les hizo bien a ambos, porque en cuanto llegaron a la playa sus lenguas parecieron soltarse. Marc le habló de su madre, y de cómo su padre lo internó cuando ella se marchó.

—¿Le echas de menos? —preguntó Julieta, motivada por su accesibilidad.

Marc comprendió que se refería a su padre.

—Es imposible extrañar lo que nunca has tenido.

No había rencor en sus palabras, solo un poco de tristeza.

Julieta pensó que tenía razón; probablemente ella sabía más de Sam que su propio hijo. Su padre lo abandonó de niño en el colegio, y él hizo lo propio con el anciano en la residencia. Se percató entonces de que al marcharse la madre, como en un barco a pique, todos decidieron abandonar la familia.

Los dos se concentraron en sus pensamientos, caminando juntos y en silencio un buen rato más. Julieta fue consciente de que él adaptaba sus largas zancadas a sus pasos para permanecer a su lado. El mar se sacudía enfurecido lanzando olas contra la arena, que se deshacían entre altas nubes de espuma. Ella se paró al notar las gotitas que el aire le dejó en el rostro, y cerró los ojos.

—Qué bonito es el mar, ¿no te parece?

Marc volvió la vista hacia su cara.

—Sí —convino—. Muy bonito.

La voz le salió enronquecida.

La brisa había deshecho su peinado y agitaba su melena. Marc parecía embelesado con el espectáculo. La caricia de un rizo rubio en su mejilla le devolvió a la realidad. Estaba en una playa desierta rodeada de acantilados. En lo alto se alzaba la casa, como posada allí por el viento. El paisaje era tan irreal que parecía un cuento. Marc recordó el Plan de Empresa de Julieta y acordó que la comparación no podía ser mejor. Entonces tuvo una doble certeza: el hotel iba a ser un éxito, y él tenía que salir de allí cuanto antes. Necesitaba volver al paisaje urbano y perfectamente controlado de su vida diaria, o de un momento a otro iba a perder el poco sentido común que le quedaba.

Dio un paso hacia ella y la agarró por los brazos.

—Me tengo que marchar —exclamó en voz alta, aunque dirigiéndose más a sí mismo que a ella.

Julieta lo contempló alejarse corriendo, por segunda vez.

La tarde dio paso a la noche y él no había vuelto a entrar en la casa desde su regreso. Julieta, que se había asomado a la ventana en un par de ocasiones muerta de curiosidad, lo había observado ir y venir de un lado a otro cargando tablones. Después de buscar inútilmente alguna explicación para su comportamiento, hacía horas que había decidido ignorarlo. Calentó la cena y se entristeció de tener que tomarla sola en Nochebuena. Agarró el libro que estaba leyendo y se dispuso a terminarlo frente a la chimenea.

Sin embargo, cuando llevaba media hora intentando averiguar lo que decían aquellas dos líneas, se dio cuenta de que ya había pasado demasiado tiempo allí afuera. Cerró el libro con furia y lo dejó sobre el sofá, dispuesta a buscar a Marc y a enfrentarlo. Ya empezaba a estar un poco harta. Si tan desagradable le resultaba su compañía, que entrara y se lo dijera a la cara. Después de todo, él era quien la había buscado.

Julieta se puso el chubasquero y salió a la oscura noche.

Afuera llovía, otra vez.

Capítulo 14

Marc se apoyó de espaldas contra la dura roca y fue levantándose poco a poco hasta quedar completamente de pie. Debido a su impaciencia por marcharse se había metido en un pequeño problema. Y a medida que habían pasado las horas, el grado del problema había crecido en intensidad hasta convertirse en la situación de peligro en la que estaba ahora.

Intentó sacar el coche usando dos tablas, como había pensado en un principio. Pero pronto se dio cuenta de que iba a necesitar muchas más para usarlas a modo de raíles hasta llegar al camino, o volvía una y otra vez al principio del problema.

Mientras permanecía concentrado en hacer acopio de madera no se fijó en que había anochecido temprano. La falta de luz para ver por donde pisaba y el lecho de húmedo y resbaladizo musgo que pisaba, le hicieron perder el equilibrio. Con la espalda pegada a la pared se desplomó varios metros en caída libre hasta que sus pies chocaron contra un saliente del acantilado.

Había varios metros verticales por encima de él, y estaba demasiado oscuro para intentar una escalada. Así que decidió sentarse y esperar a que Julieta advirtiera su ausencia y saliera a buscarle.

Pero hacía un minuto que la situación había empeorado hasta el pánico. Al comenzar a llover de nuevo, Marc se dio cuenta de que el agua se estaba llevando el saliente que lo mantenía a salvo del vacío. No podía distinguir el final del barranco, pero por lo lejos que escuchaba las olas debía ser profundo, muy profundo. Se levantó con cuidado de no dar un paso en falso y comenzó a gritar, rogando para que Julieta le escuchase desde la casa.

Julieta, que había dado un par de vueltas a la casa sin hallar rastro de él, temió que hubiese decidido irse andando. Pues su coche todavía estaba frente al porche.

—¡Maarc! ¿Dónde estás?—gritó contra la noche, y esta le devolvió la respuesta.

—¡Aquí, ayúdame!

La urgencia del lamento confirmó que estaba en problemas. Y corrió tan veloz como pudo en su dirección.

Llegó hasta el borde del acantilado sin hallar rastro de él.

—¿Dónde estás?!

—Aquí abajo.

Su voz, ahora mucho más cercana, sonó desde el fondo del barranco. Hacía rato que respiraba agitada, pero cuando se dio cuenta de la situación casi pierde el sentido. ¡Había caído por el acantilado!

—Por el amor Dios —sollozó, sofocada por el miedo—, ¿cómo has podido...?

—¿Dejarme caer por aquí?—inquirió él, tratando de completar su pregunta y esforzándose en

no perder la calma.

—¿Estás herido?

—Estoy bien, solo un poco magullado. Para el rescate de hoy te va a tocar el rey de los estúpidos.

Julieta sabía que se refería al episodio con la gaviota, pero decidió ignorar su pésimo sentido del humor en aquel momento. Exhaló el aire que había contenido y, conjurando un montón de demonios, se dijo que más magullado iba a estar cuando lograra sacarlo de allí. Pues ella misma estaba dispuesta a golpear con un mazo su cabeza de chorlito.

—Hay unos cuatro o cinco metros hasta donde estoy. Julieta, será mejor que no tardes mucho porque... —él se calló durante unos segundos que a ella le parecieron aterradores—, la lluvia está deshaciendo el saliente y no tengo otro punto de apoyo.

Tratando de dominar su nerviosismo, Julieta intentó concentrarse. «Bien, un punto de apoyo. Necesito sujetarlo a algo para después subirlo. Pero, ¿cómo voy a hacerlo?» Con el peso del cuerpo masculino y su escasa fuerza, iba a ser poco probable que consiguiera sacarlo tirando de él.

Salió corriendo hacia la casa sin saber lo que buscaba, y por fortuna se dio de bruces con el pozo. Julieta se cayó de espaldas. Ya en el suelo, contempló cómo el cubo de metal que usaba para recoger agua caía a sus pies, seguido por la cuerda con la que estaba atado. Recogió el recipiente y tomó la cuerda entre sus manos. Tiró de ella hasta que la polea en la que se sujetaba hizo ruido. Su rostro fue iluminándose al mismo tiempo que el plan tomaba forma en su mente.

—¿Por qué me has salvado?

Extrañada por la pregunta, Julieta apartó la mirada de la pequeña brecha de su frente y se concentró en su rostro.

—Esa pregunta es una tontería —contestó con censura.

Después de lanzarle la cuerda del pozo, le llevó solo unos minutos subirlo con la ayuda de la polea. Descartadas las ganas de echarse a sus brazos cuando lo tuvo delante, decidió concentrarse en sus heridas.

Entraron en casa y él, aterido, fue directamente hasta la chimenea. Se sacó la empapada chaqueta y la camisa para entrar en calor cuanto antes.

Julieta entró tras él y lo contempló desnudarse frente al fuego. Entonces pudo constatar que solo tenía algunos moratones en el costado, unos cuantos rasguños en la espalda, y aquella brecha de la frente por la que brotaba un hilo de sangre. Fue a por el botiquín de primeros auxilios y lo exhortó a sentarse.

Con una mueca de dolor en el rostro él se dejó caer obediente sobre el sofá. Colocándose entre sus piernas separadas y levantándole la cara, Julieta se concentró en detener la hemorragia de la frente.

—No es ninguna tontería —dijo él, regresando a aquella absurda conversación—. Si yo no estuviera tendrías acceso al dinero. Piénsalo. Soy lo único que se interpone entre tu sueño y tú.

Julieta se detuvo al instante y le lanzó una mirada asesina. Jamás había estado tan furiosa con nadie. No se conocían desde hacía mucho, pero la intimidad compartida los últimos días tendría que haberle bastado para saber que ella jamás pensaría algo tan rastrero como aquello.

—Eres idiota —exclamó, tratando de contenerse para no abofetearle. Pues él solito se había hecho suficiente daño por una noche.

Sus labios dibujaron una sonrisa sarcástica, que no llegó a afectar a sus ojos. Los músculos del rostro parecieron relajarse en lo que parecía un gesto de tristeza.

—Estoy de acuerdo —reconoció con un suspiro—. Lo siento.

Julieta no respondió, pero presionó demasiado fuerte el algodón.

—¡Au!

Apartándose y frotándose la dolorida frente, él la contempló ceñudo.

—Lo siento —dijo ella—. Supongo que ahora estamos empatados.

Marc se acercó de nuevo, cauteloso.

—Más o menos —reconoció—; yo por rematadamente idiota, y tú por un poco bruja.

Julieta no pudo evitar sonreír.

Él se frotó la maltrecha frente con el dorso de la mano.

—¿Qué estás haciendo? No lo toques...

—Pero escuece —se quejó.

Cuando pensó lo que hacía ya era demasiado tarde. Julieta tomó su cabeza entre las manos, se inclinó sobre él y sopló ligeramente sobre la herida.

El gesto le pilló desprevenido por completo. Marc levantó la cara y sus bocas se tropezaron a medio camino. Julieta abrió los ojos por la sorpresa y trató de alejarse, pero él no se lo permitió. La tomó por el cuello con la mano derecha y empujó su cabeza hacia abajo, sin apartar ni por un momento la mirada de su boca. Se acercaron hasta que sus alientos se mezclaron.

Cerrando los ojos, él posó sus labios sobre los de ella; suaves, frescos, y todavía húmedos por la lluvia.

Capítulo 15

Con el corazón a punto de salirse del pecho, Marc se movió hacia delante y aumentó la intensidad del beso. No encontró resistencia, y lo que comenzara como un tropiezo se convirtió al instante en un beso incendiario. Abrió la boca y la saboreó hasta el fondo. El ronco gruñido que se escapó de la garganta de ella y la forma en que se enganchó a su cuello terminaron por volverlo loco.

Tenía unos labios maravillosos que la besaban de manera escandalosa. Julieta había dado y recibido otros besos; pero ninguno como aquellos. Le acarició la nuca con los dedos, introduciéndolos entre los mechones de cabello negro. Él la envolvió por completo entre sus brazos y su fuerza la atravesó como una lanza. La cabeza le daba vueltas y cada fibra de piel aguardaba expectante su contacto. Era increíble el nivel de excitación que aquel hombre conseguía solo tocándola con la boca. Dispuesta a averiguar lo que ocurriría si la tocara con todo el cuerpo, Julieta se separó de él y se sacó el jersey y la camiseta interior. Se quedó quieta frente al fuego únicamente con su sencillo sujetador negro y los vaqueros, antes de lanzarle una tímida mirada. Sin saber qué hacer se mordió el labio inferior. No sentía pudor ni reservas, pero jamás había estado tan nerviosa.

Él se puso pie muy despacio sin dejar de mirarla. El negro de sus ojos resplandeció como el azabache a la luz del fuego.

—Voy a hacerte el amor —susurró.

No era una petición de permiso, sino más bien la constatación de un hecho. Pero oír cómo lo pronunciaba la hizo contraerse de deseo. Fue hacia él y lo abrazó. Marc bajó la mano a lo largo de su espalda desnuda, atrayéndola hacia sí. Levantó la cabeza y la volvió a besar en la boca; lenta y profundamente. Mientras, le desabrochaba el botón del vaquero y le bajaba la cremallera con una lentitud exasperante que la hizo gemir y apretarse más contra él.

—Oh, por favor —rogó, enfebrecida de deseo.

Sus labios se elevaron en una sonrisa mientras le besaba el cuello.

—Por favor, ¿qué? —preguntó, torturándola con suaves besos cerca del lóbulo de su oreja.

—Hazme el amor, Marc —rogó, con la voz ronca de deseo—. Por favor.

La forma en que pronunció su nombre le produjo un escalofrío que recorrió su espina dorsal. Con un ágil movimiento le desabrochó el sujetador, que cayó al suelo. Sus pechos quedaron libres, redondos y plenos. Marc bajó la cabeza y fue besando su piel en movimientos descendentes hasta posar sus labios sobre uno de los excitados pezones. Encantado con su reacción, repitió la acción con el otro pecho. Se demoró con suaves caricias circulares con la lengua antes de cerrar la boca sobre la excitada cima y dar un ligero tirón.

Julieta gemía y se contorsionaba contra él, buscando un mayor contacto allí donde sus cuerpos ansiaban unirse.

Sin embargo, antes de perder la cabeza por completo él recordó algo.

—¡Mierda! —gruñó, tomándola por los brazos y apartándola para mirarla a la cara.

Julieta abrió los ojos y le miró, completamente desorientada.

—¿Usas algún método anticonceptivo?

La pregunta tardó unos segundos en adquirir significado en su obturada mente.

—No —murmuró, con la voz quebrada por sus violentas respiraciones.

Marc miró al techo antes de maldecir.

Pero Julieta recordó algo que había visto cuando le estaba curando. Se apartó ligeramente de él para introducir la mano en el botiquín y sacar una cajita de cuatro preservativos.

Él la miró con admiración y suspiró aliviado.

—¿Es que esperabas visita? —preguntó con sorna, alzando una ceja.

Julieta se ruborizó al instante.

—Me encantaría decirte que soy tan previsor —respondió, tratando de disimular su timidez y parecer más mundana—. Pero venían con el botiquín.

—¿Están en buen estado?

Ella achicó los ojos para ver la fecha de caducidad y asintió.

Marc bajó la cabeza y la besó. La abrazó con fuerza, disfrutando lo increíble del contacto de sus pechos desnudos contra su torso.

—¿Te he dicho que me vuelves loco cuando te sonrojas?

Julieta le miró confusa, pero se limitó a negar con la cabeza. Él sonrió con aquella risa amplia y ronca que la dejaba sin respiración.

—¿Te he dicho que me vuelves loca cuando sonríes?

Su gesto se tornó serio mientras sus ojos la observaban con una intensidad desconocida. Volvió a besarla con pasión y la empujó hasta que ambos cayeron frente a la chimenea, enredados en abrazos apasionados y ardientes besos.

Marc se alzó sobre ella y, agarrando la cintura de sus vaqueros tiró de ellos hasta sacárselos por las piernas. Comenzó a desabrocharse el cinturón y el pantalón de su traje mientras sus ojos no se apartaron de los de ella ni por un instante.

Julieta contempló su amplio torso y el movimiento de sus músculos mientras se desnudaba frente a ella. Le estudió con avidez, disfrutando de su belleza masculina. El resto de su ropa fue desapareciendo poco a poco. Se besaron y tocaron hasta que el anhelo se hizo prácticamente insoportable, hasta que sus cuerpos se inflamaron por las caricias y los dos supieron que ya no podrían detenerse.

Pese a estar frente al fuego, Julieta temblaba como una hoja. Él la observó con admiración y le acarició el vientre con la mano. Su piel resplandecía como el oro a la luz del fuego. Fue descendiendo hasta la cadera para introducir los dedos bajo su ropa interior y bajársela. Julieta se elevó buscando su contacto allí donde más lo deseaba. Marc la acarició de forma íntima con los

dedos, comprobando que estaba tan excitada como él. Con manos temblorosas se colocó el preservativo y regresó a su lado.

Continuó besándola, deslizado los labios lentamente por sus pechos, erguidos para él. Subió la boca por su cuello hasta mordisquearle el mentón. Ella echó la cabeza hacia atrás con un ronco gemido y él tuvo acceso libre a su cuello. Fue dejando un rastro de ardientes besos hasta la mandíbula, para regresar a su boca y devorarla con pasión mientras con la mano le acariciaba los pechos.

Julieta sentía que la sangre le bullía en las venas. Su cuerpo ardía entero, gemía y se contorsionaba contra él. Trataba de abrazarlo para que no se alejara al mismo tiempo que intentaba acariciarle y proporcionarle placer. Sus labios volvieron a asaltarla y ella correspondió al beso con toda el alma. Arqueó la espalda y abrió las piernas en cuanto lo sintió alzarse sobre ella.

Marc se colocó entre sus piernas mientras apoyaba las manos en el suelo para no aplastarla con su peso. La penetró larga y lentamente, abriéndola por dentro, permitiendo que se estirara y se adaptara a su tamaño. Julieta gimió y arqueó la espalda. Se contorsionó contra él, invitándolo a moverse, a entrar más profundamente. Marc emitió un ronco gemido antes de agarrar sus nalgas y apretarla contra él. Con la respiración agitada y entrecortada, enterró la cara en su cuello y comenzó a moverse sobre ella con lentas y largas acometidas. Estaban demasiado excitados para dominar a los instintos y el fuego que les quemaba por dentro pedía a gritos ser sofocado. Así, lo que comenzara como un suave balanceo se convirtió en unos minutos en una cabalgada hacia el mayor éxtasis alcanzado por ninguno.

Tiempo después, ambos permanecían abrazados bajo la manta observando el fuego, completamente satisfechos. Marc acarició lánguidamente la piel de su hombro y se dio cuenta de que ya era Navidad. Sonrió cuando recordó sus antiguos planes para aquella fecha. En unos pocos días su vida había dado un giro de trescientos sesenta grados. La muerte de su padre había trastocado su perfecto mundo; racional, sofisticado, y carente de apegos. ¿Querría regresar a él cuando dejara de llover y consiguiera salir de allí?

La contempló dormir durante un buen rato, y se dio cuenta de que ya conocía la respuesta.

Capítulo 16

Julieta abrió los ojos y lo observó, perezosa.

—Estás despierto —susurró, con una somnolienta sonrisa.

Él correspondió a su sonrisa con otra aún más amplia.

—Es que no quería perderme el espectáculo de verte dormir.

Julieta se hizo un ovillo y se escondió bajo la manta.

—¿Sabes? He estado pensando una cosa —dijo Marc, todavía sonriendo.

Ella sacó la cabeza de la manta y le miró.

—¿Qué?

—¿Cuál va a ser tu política sobre mantener relaciones con tu socio? —preguntó, mientras le apartaba la desordenada melena de la cara.

Los plateados ojos de Julieta estudiaron su rostro con curiosidad. Su gesto cambió al comprender lo que le estaba diciendo.

—¿No querrás decir que vas a invertir en el hotel ahora que me he acostado contigo, verdad? —murmuró, resoplando de indignación.

Marc no pudo evitar volver a sonreír.

—No, eso lo decidí el primer día que pasé contigo —respondió—. Lo que me preguntaba es si estarías interesada en los servicios de un asesor.

Julieta se sujetó la manta contra el pecho antes de sentarse en el suelo y volver la cara hacia él.

—¿Qué intentas decirme?

—No lo tengo muy seguro porque esta es la primera vez que lo hago —Marc habló cuidadosamente, midiendo cada palabra—, pero creo que intento decirte que me gustaría quedarme aquí contigo.

—¿Solo lo crees?

Su tono decepcionado animó a Marc a continuar.

—En realidad estoy seguro, pero trato de no asustarte.

Marc sabía que debía ir despacio, medir los riesgos y hablarle de pros y contras; al igual que haría con un negocio importante. Pero estaba nervioso e inseguro. Era la primera vez en su vida que temía no conseguir lo que quería; y con ella lo quería todo.

—Bueno, ¿qué piensas tú? —preguntó impaciente, incorporándose y sentándose a su lado.

A Julieta se le quebró la respiración. No sabía si le estaba diciendo lo que creía que le estaba diciendo, pero también pensó en que si no lo era, aquella era la mejor oportunidad para aclararlo. Pues su corazón jamás había estado tan vulnerable y expuesto. Había llegado el momento, el instante ideal, para poner nombre a sus sentimientos.

—¿Que qué pienso? —susurró—. Pues pienso que me encantaría no estar sola en esta aventura, y que solo puedo pensar en ti para que me acompañes. —La sonrisa de él fue ensanchándose mientras la escuchaba—. Sin embargo, no quiero que seas mi asesor, o mi asesor-amante, o lo que sea que estés pensando —descartó inquieta—. Porque me gustas, incluso cuando protestas y te pones insoportable, y he descubierto que durante este tiempo me he enamorado de ti —espetó, antes de apartar los ojos de él y mirar al frente—. Por eso sé que no podría soportar una relación de socios que se acuestan, o de amigos con derecho a roce o... lo que sea.

Con una palpitante emoción vibrando en su pecho, Marc la tomó de los brazos y la volvió hacia él.

—Disculpa que interrumpa tu parloteo, cariño —dijo con sorna—. Pero no te estoy proponiendo nada de eso. No quería asustarte y por ello, tal vez, no me haya explicado bien, porque lo que trato de decirte es que quiero que seas mi novia.

Julietta le miró con atención. Observó sus ojos brillantes y su semblante alegre.

—Yo no puedo ser tu novia —refunfuñó, apartando la mirada.

Marc arrugó el ceño.

—¿Por qué?

—No soy para nada tu estilo, Marc. ¿Tú te has visto? Tu traje cuesta más que mis muebles. Eres de esas personas que se rodean de todo lo mejor sin importarles lo que cuesta; que lo critica todo y protesta de forma incansable hasta que consigue lo que quiere. —Ella le lanzó una mirada de reojo mientras jugueteaba con los dedos sobre la manta—. Yo sufro desmayos con cada presupuesto que recibo, mido cada euro como si fuera el último, y siempre he preferido ceder antes que ser maleducada y tener que molestar a alguien.

Marc trató de contener la risa pero no lo logró. Su pechó se hinchó de orgullo al contemplarla tratando de organizar sus sentimientos. Era absolutamente preciosa.

—Te quiero —espetó, con la voz aún afectada por la risa—. Y por lo que dices creo que seremos la pareja perfecta

Ella escrutó su rostro con avidez.

—¿Qué?

—Que seremos la pareja perfecta.

—Eso no, lo otro —corrigió impaciente.

Exhalando un entrecortado suspiro, Marc se sorprendió subyugado por su ternura y por el maravilloso brillo de sus ojos.

—Te quiero —repitió con paciencia, antes de bajar la cabeza y ceder a la tentación de besarla.

Ella acarició la aspereza de su mejilla con las manos, mientras sentía la cálida presión de sus labios. Entonces bajó la cabeza y apoyó su frente en la de él.

—Yo también te quiero —suspiró—. Pero no sé cómo lo haremos funcionar. ¿Dejarás tu trabajo para mudarte a este lugar apartado del mundo?

Julieta calló cuando él le puso un dedo sobre los labios.

—Tengo una buena cartera de clientes y puedo trabajar con ellos por Internet; claro que antes tendremos que arreglar los problemas de conexión. Sin embargo —continuó con picardía—, ahora me gustaría concentrarme en eso que acabas de decir sobre que te gusto un poquito.

Ella sonrió.

—Me gustas mucho más que un poquito.

—¿Cuánto más?

—Mucho más.

Marc le dio un beso apasionado y volvió a tumbarse sobre ella. El fuego de la chimenea se apagaba mientras el suyo se avivaba con una pasión incendiaria. Sus cuerpos encajaron otra vez como si fueran las últimas piezas de un rompecabezas. Él abandonó sus labios por unos instantes para besarla en el cuello, y las siguientes horas se concentró en demostrarle lo perfecta que era, lo sencillamente perfecta que era para él.

Capítulo 17

Durante la madrugada, él se puso el pantalón y fue a echar más leña a la chimenea.

—¿Por qué te pusieron Marc?

Se giró hacia ella, que lo observaba con la cabeza apoyada en la mano.

—¿No te gusta?

—No, no es eso —respondió—, solo me parece poco común.

Marc regresó debajo de la manta y la acurrucó entre sus brazos.

—En realidad me llamo Marcus.

Julieta levantó la cabeza de su pecho para contemplarlo con una mueca divertida.

—¿Marcus?

Él asintió.

—¿Marcus Bravo? —continuó ella sin poder evitar sonreír—. Debías ser muy popular en el patio del colegio.

Marc se rió abiertamente.

—Recuerda que fui a un colegio suizo. Allí todos tenían apellidos compuestos terminados en números romanos. Mi compañero de pupitre en tercer curso se llamaba Filippo Tomaso Sofriti-Stornnino Tercero.

Julieta alzó las cejas con sorpresa.

—¿En serio?

—Completamente —admitió riendo—. Un tipo estupendo, Filip.

Julieta se rió antes de recostarse de nuevo en su pecho, y ambos volvieron a quedarse en silencio contemplando el fuego.

—Mi madre era inglesa, ¿no lo sabías?

Sorprendida con la revelación, ella levantó nuevamente la cabeza para mirarlo. Aquella era la explicación a su nombre.

—No —respondió—, tu padre nunca hablaba de ella.

Julieta creyó que él iba a decir algo más, pero no fue así. Entonces volvió a abrazarle mientras le acariciaba el suave vello del pecho. No quería forzarlo a conversar si no lo deseaba. En pocos días le había hablado con bastante naturalidad de su infancia y de sus padres, y sentía que su confianza en ella crecía poco a poco. Había tiempo de sobra para ir sanando las heridas de los dos.

—¿Sabes qué? —murmuró ella—. Acabo de recordar algo que siempre decía mi abuelo.

Él la apartó ligeramente para contemplar su cara.

—¿Y me lo vas a decir, o no? —dijo, con una tierna sonrisa.

Julieta rió por su impaciencia.

—Mis abuelos eran muy diferentes; ella era inquieta y nerviosa, mientras que él era la personificación de la serenidad —explicó, enternecida por su recuerdo—. Mi abuelo siempre decía que él era como el acantilado que contenía a la agitada marea de mi abuela.

Los brillantes ojos de Marc recorrieron su rostro.

—¿De modo que así es como me ves: como un alto, macizo y robusto acantilado? Me gusta —murmuró con arrogancia.

Julieta se rió mientras negaba con la cabeza.

—Tú serías la marea, cariño.

—¿Yo, la marea? —repitió, fingiéndose ofendido—. Pero si soy pura calma y tranquilidad.

Ella estalló en carcajadas.

—Sí, seguro —bromeó.

Marc se quedó hechizado por el sonido de su risa. La tomó por la cintura y se colocó otra vez sobre ella. Julieta se puso muy seria y respondió arqueándose contra su cuerpo.

—Pues acabas de desatar el temporal, mi vida, y el oleaje embravecido va a sobrepasar el acantilado... —Las palabras se apagaron en su boca, en los besos ardientes y húmedos que fue dejando a lo largo de su cuello. Marc deslizó las manos por el arco de su espalda y recorrió la delicada línea de su columna hasta agarrarla por las nalgas. La tomó con firmeza y la alzó, acoplando sus caderas contra las de él.

Julieta apartó su boca y se irguió para arrodillarse frente a él. Debía tomar la iniciativa antes de que la forma enloquecedora en que le hacía el amor terminara por nublarle la razón.

Él pareció un poco desconcertado, pero la dejó hacer. Se acostó sobre la manta mientras sus ojos resplandecían de pasión al contemplarla tomar el mando. Julieta deslizó sus dedos por la tersa piel de los músculos de su abdomen y descendió hasta el punto en que su cuerpo palpataba de excitación. Lo tomó entre las manos y le acarició la tersa piel de forma pausada, como sabía que le daba más placer. Un sonido ahogado escapó de la garganta de él mientras echaba la cabeza hacia atrás y se arqueaba, buscando un mayor contacto allí donde lo tocaba con aquella lentitud enloquecedora.

—Julieta...

Oírle gemir su nombre la volvió loca. Se apartó de repente y, con un gesto efectivo, se alzó sobre él. Lamió el latente pulso que saltaba en su cuello, besó su poderosa mandíbula y buscó su boca con desesperación. El beso fue ardiente y ansioso, solo una muestra del deseo incontrolado que la desbordaba. Se colocó a horcajadas sobre él y con mucha suavidad le guió hasta su interior. Marc gruñó mientras la asía por las caderas y se arqueaba para penetrarla hasta el fondo.

Julieta se apoyó en el agitado pecho masculino y contuvo la respiración ante la vibrante emoción de estar nuevamente llena. Él se retorció debajo invitándola a moverse, pero ella permaneció quieta. Sin hacer caso a su protesta, se alzó sobre su cuerpo hasta casi hacerle salir para, acto seguido, descender nuevamente y envolverle por completo. Repitió la operación varias

veces mientras arqueaba la espalda, permitiéndole llegar más adentro en cada acometida. Las manos de Marc la tocaban por todas partes, le apretaban las nalgas, subían por su vientre hasta los pechos para estrujarlos con ímpetu.

Los latidos de su corazón retumbaban en todas las fibras de su cuerpo, en su cabeza, en sus brazos, y en su vientre. El deseo salvaje se había desatado dentro de ella y le era imposible detenerse. Estaba completamente a su merced y cada gemido que escapaba de la garganta de Marc la volvía loca. Se sintió como una poderosa diosa de la seducción: amada y venerada.

—Me encantas —gruñó ella, mirándole a los ojos—. Desde el mismo instante en que te vi, me encantas.

Marc se alzó para tomar su boca con una fuerza que dejaba constancia de toda su hambre. Apoyó la espalda en el sofá y se sentó con ella sobre su regazo. La estrechó entre sus brazos mientras la hacía subir y bajar sobre su enorme erección. Ella se arqueó hacia atrás y su cuerpo quedó a su entera disposición. Bajó la cabeza y tomó su excitado pezón con la boca haciéndola gritar y contorsionarse de placer.

Julieta se enganchó a su cuello al mismo tiempo que bajaba la mirada hasta su rostro. Él la observaba de una forma salvaje y aturdida, como si se hallara ante algo insólito y asombroso. Ella le besó de forma reverente mientras se abría aún más. Las sensaciones se sucedían a toda velocidad, multiplicándose en cada acometida. Las fuertes contracciones de placer la obligaron a arquearse hacia atrás mientras se convulsionaba contra él en la mayor liberación sexual que había experimentado nunca. Marc la agarró por las caderas y gritó, latiendo violentamente dentro de ella.

Los dos cayeron enredados en una maraña de brazos y piernas, sin saber dónde empezaba el uno y terminaba el otro. Más muertos que vivos y completamente saciados, permanecieron abrazados, acompañados de sus entrecortadas respiraciones y del crepitar de la leña consumiéndose en la chimenea.

Capítulo 18

Durante las horas siguientes, sus cuerpos se entregaron a un profundo e inevitable letargo. Desnudos y abrazados bajo la manta, dejaron pasar el tiempo mientras contemplaban el fuego en un relajante estado de duermevela.

Julieta entreabrió los párpados y se sorprendió al contemplar a una figura sentada en el sofá frente a ella. Al principio creyó que era Marc, pero en aquel momento lo sintió revolverse a su lado y abrazarla por la cintura. Abrió los ojos alarmada, y a punto estuvo de soltar un grito por la sorpresa.

—Hola —dijo la figura de Sam mientras apoyaba el codo con desenfado en el brazo del sofá. Parpadeando varias veces, Julieta trató de verificar aquello que estaba viendo.

—¿Sam? —farfulló.

—Sí, nena —respondió aburrido—. ¿Es que tan mal me ha sentado morirme? Completamente anonadada, ella negó sacudiendo la cabeza.

Sam estiró el cuello para mirar a Marc, que dormía con placidez detrás de ella.

—¡Menudo revolcón acabas de darle a mi hijo!

Julieta jadeó.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —Resopló abochornada.

Sus ojos de truhán brillaron divertidos.

—El suficiente como para darme cuenta de que eres lo mejor que le ha pasado a ese memo.

—Shhhh —Julieta le hizo callar mientras se sentaba, sujetándose la manta sobre el pecho—, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Es que no me echabas ni un poco de menos?

—Claro que te echo de menos —respondió—. ¿Pero tenías que presentarte aquí, y ahora? —susurró, y al instante notó incendiarse sus mejillas.

Una carcajada enorme resonó en la garganta de Sam.

—No se me ocurría un momento mejor.

—¡Ya basta!

—Bueno, no te enfades —murmuró conciliador—. Solo he venido a ver la casa de la que tanto hablabas —explicó, mirando a su alrededor.

Julieta suspiró al recordar aquellos días en los que él la dejaba parlotear sobre sus planes de futuro mientras la observaba con aquella intensidad tan suya.

—¿Y qué piensas?

Los ojos de Sam volaron de nuevo hasta ella.

—Será un éxito, igual que todo aquello que decidas emprender —aseveró, estirando otra vez

el cuello para mirar a su hijo.

Al comprender que se refería a lo que ellos acababan de iniciar, el corazón de Julieta dio un pequeño brinco. Observó a Marc, que descansaba junto a ella con el fuego bañando de luces y sombras su plácido rostro.

—No sé cuánto tiempo vamos a estar juntos ni si conseguiremos hacerlo funcionar, pero le amo —susurró, volviendo a mirar a Sam.

Él sonrió como nunca le había visto hacerlo; con una sonrisa amplia y sincera que afectó a sus ojos.

—«¿Y hasta cuándo cree usted que podemos seguir en este ir y venir del carajo? Florentino Ariza tenía la respuesta preparada desde hacía cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches. Toda la vida.»

Julieta le escuchó recitar de memoria las últimas frases de «*El amor en los tiempos del cólera*», y al momento sintió cómo las lágrimas empañaban su mirada. ¿Sería posible para ellos encontrar un río Magdalena por el cual navegar toda la vida juntos, ajenos a la fealdad del mundo y a la muerte? ¿Sería posible que al fin hubiera encontrado a su Florentino Ariza?

—Ay, Sam —susurró emocionada—, tengo mucho miedo a lo que pueda pasar si no funciona. Pero siento auténtico pánico a vivir sin intentarlo.

Los oscuros ojos de Sam resplandecieron ante aquellas palabras.

—Importa la calidad del tiempo que paséis juntos, no la cantidad.

Julieta sonrió con ternura.

—¿Toda la vida? —dijo, transformando en una pregunta la respuesta de Florentino Ariza.

—Toda la vida —convino Sam con otra brillante sonrisa—. Pero tendrás que ser un poco paciente con él —continuó, señalando a su hijo—, porque el pobre es igual que yo: un cenutrio total para las emociones.

Ella negó con la cabeza.

—Nada de eso es verdad.

—Sí lo es, y por eso su madre me dejó y terminé solo.

Julieta lo miró sorprendida; era la primera vez que se refería a su esposa, y la aflicción en su voz indicaba cuánto la había amado, y cuánto la amaba todavía.

—No estabas solo —respondió.

Sam la miró intensamente.

—No, tú estabas conmigo...

Un insistente cosquilleo en el hombro la hizo arrugar la nariz. Intentó apartar aquella molestia con la mano, pero no lo consiguió. Parpadeando varias veces, Julieta fue abriendo los ojos hasta enfocar el rostro sonriente de Marc.

Con un codo apoyado en el suelo y la cabeza en la mano, él le sonreía con ternura mientras le acariciaba el hombro con los dedos.

—¿Sabías que también te sonrojas cuando duermes?

Aturdida por el cansancio, tardó unos segundos en ubicarse y comprender lo que decía.

—Si tú supieras... —ronroneó, después de volver la cabeza hacia el sillón vacío y comprobar que la visión de Sam no había sido más que un sueño.

—¿Qué?

—¿No tienes hambre? —preguntó Julieta cambiando de tema, pues no tenía intención de hablar de su sueño con Sam, ni de contarle por qué se había sonrojado mientras dormía.

Marc la tomó del brazo y apartó la cabeza hacia atrás.

—Tengo un hambre canina.

Remoloneando como una niña pequeña, Julieta se levantó y se puso su camisa, que ya se había secado. Fue a la cocina y dispuso una bandeja con las sobras de la cena de Nochebuena antes de regresar a la sala.

—¿Sabes en lo que he estado pensando? —dijo, tras dejar la bandeja en el suelo y sentarse junto a él.

Marc negó distraído con la cabeza, observando con apetencia el contenido de los platos.

—¿Crees que tu padre lo sabía?

Los ojos de él se fijaron otra vez en su cara.

—¿Qué?

—Esto —respondió, señalándoles a ambos con el dedo—. Eso explicaría que me dejara el oro y que dispusiera que tenía que entregártelo en persona, además de su deseo porque lo gestionáramos juntos.

Marc tomó un trocito de pan tostado con los dedos y se lo metió en la boca. Masticó en silencio durante unos segundos, meditando en aquella idea.

—Creo que se enamoró de ti, de eso estoy seguro, y puede que pensara que si yo te conocía me pasaría lo mismo —se calló y la observó con intensidad—. Bien por él.

Julieta sonrió al advertir la misma ternura en su voz al referirse a su padre que la de Sam al hablar de él durante el sueño.

—Pero no creo que fuera tan previsor como para saber que yo me empecinaría tanto en que renunciaras como para venir hasta aquí —continuó él—; ni que iba a llover hasta el punto de quedarme atrapado; o que tenía un hijo tan estúpido como para intentar sacar del lodo un coche con unos tablones...

Inspirando con fuerza, Julieta lo observó parlotear enumerando los motivos lógicos por los que su padre no había intercedido para unirles. Infinitamente guapo con el pelo revuelto y la piel sonrojada, sintió que le amaba porque le era imposible no hacerlo. Cerró los ojos durante un instante al sentir que el recuerdo de Sam le embargaba el corazón. «Muchas gracias», pensó emocionada.

Terminaron de cenar y volvieron a dormirse abrazados frente a la chimenea encendida. Afuera, la noche era clara y las estrellas brillaban con una intensidad casi irreal. Las nubes habían desaparecido del cielo y la lluvia iba a tardar días en regresar.